

# Don Lope de Hoces y Córdoba

Almirante del mar Oceano y Capitán General

Por MIGUEL ANGEL ORTI BELMONTE

La figura histórica de don Lope de Hoces ha sido completamente olvidada por los escritores cordobeses. He tenido la suerte de poder estudiarla sobre la documentación original, que conservan sus descendientes, esta biografía, es no obstante incompleta, pues los manuscritos de la Biblioteca Nacional y el Archivo de Indias, darían más datos. En el siglo pasado se puso su nombre a una calle cercana al palacio ducal de Hornachuelos. Una casa de la calle de Sánchez de Feria, llamada Las Campanas, aun ostenta el escudo primitivo de los Hoces, cinco hoces en campo de gules. Son los Hoces, descendientes de Juan de Funes, *hombre de San Fernando*, que tomó parte en la conquista de Córdoba con el santo Rey. En 7 de Noviembre de 1238, obtiene en el repartimiento de Córdoba, casas y tierras. Conservan todavía el derecho de enterramiento en la Catedral, en la capilla de la Expectación. La hija de Juan de Funes, llamada Leonor Sánchez de Funes, casa con Diego López de Hoces y sus descendientes llevarán el apellido Hoces.

Durante la Edad Media hay varios Hoces que se distinguen, entre ellos el capitán Gonzalo de Hoces, uno de los muchos cordobeses que estuvieron a las órdenes del Gran Capitán en las campañas de Italia. Fueron los Hoces, Caballeros Veinticuatro del Concejo de Córdoba, pero la gran figura del siglo XVII es don Lope de Hoces, que dará timbres de gloria a su estirpe y a su escudo. Era hijo de don Alonso González de Hoces y Angulo, Señor de la Albaida y Caballero Veinticuatro, su madre doña María de Góngora y Cañete.

Su juventud debió de transcurrir forzosamente en Córdoba y en el viejo castillo de la Albaida, cuyas tierras se habían ido aumentando en el siglo XVI, no sin pleitos y sentencias de los jueces de término, pues las que rodeaban el castillo eran realengas. Seguramente que en las veladas familiares oiría repetir una y mil veces, la historia de sus antepasados y las gestas de los cordobeses que habían ido a las

Indias, como Sebastián de Belalcázar y Juan Pérez de Zurita, fundador de la primera Córdoba de Tucuman, y Diego Fernández, de la Córdoba de Méjico.

En este ambiente nobiliario y religioso de respeto a la sacra y católica majestad de Felipe III, se despertaron en el joven don Lope, las ansias de correr mundo y poner su espada al servicio del Rey de las Españas. En una hoja suelta entre sus papeles dice que entró al servicio del Rey, en la mar, el 1610. En el mandamiento de Capitán General y Almirante del 29 de Marzo de 1631, se dice que había servido 21 año a la corona, lo que confirma la fecha del 610. En 1615, es Almirante y General de la flota de Nueva España. En 1618 recibe el nombramiento de Capitán General de la flota *que el año que viene de 619, ha de ir a la Nueva España*. Va a la carrera de las Indias, pues según el capitán de fragata señor Martínez Valverde, en 1620, mandaba una de las flotas de azogue que salieron de Vera Cruz. En 7 de Agosto de 1621, previo expediente de limpieza de sangre, se cruza en la Orden de Santiago. Y ya llevará la venera de caballero santiaguista en el pecho, que no la abandonará hasta su muerte.

No sabemos la fecha en que contrae matrimonio con su sobrina carnal, María Aldonza de Hoces y Cárcamo, pero debió de ser por esta misma fecha. Tuvo dos hijos, Alfonso de Hoces y Hoces, primer conde de Hornachuelos y María Magdalena, que por muerte de su hermano, sin hijos, fué la segunda condesa de Hornachuelos.

En 1621 y 1622 mandaba la armada del mar Oceano por el Capitán General don Fadrique de Toledo, marqués de Villanueva de Valdueza.

En 1625 volvió a llevar otra flota a Nueva España. Fué luego Almirante de la flota de don Diego de Santurce Horosco, llevando el mando de la escuadra, pues don Diego enfermó y murió durante el viaje; llegó a Nueva España sin perder navíos, entrando en el puerto de San Juan de Ulua, e invernando en el de Vera Cruz. Tocó en la Habana al regreso y dió bastimentos a la escuadra de don Tomás de la Raspura, que estaba desde hacía dos años sin poder partir con la plata a bordo. Había de incorporársele la flota de Balduino Enrico. En el canal de Bahama o de la Florida, entre Cuba y esta península le esperaba el holandés Petro Petri, con 14 bajeles; don Lope con su capitana se atravesó en el canal y el holandés creyendo que era la flota de don Fadrique de Toledo, huyó con sus

navíos sin combatir. Debió de regresar a Cádiz convoyando la flota de la Plata.

Al poder de España en las Indias, que tenía enemigos muy poderosos en Inglaterra, Francia y los corsarios, se le había sumado el de Holanda. Este nuevo estado no había sido reconocido por España, y no lo fué como estado independiente hasta el tratado de Westfalia. Nación eminentemente marítima, había formado la Compañía de Indias, que no solo atacaban nuestras colonias, sino el comercio marítimo. Surge como necesidad para proteger los navíos el convoy y el galeón, barco de guerra y de comercio que construyó don Alvaro de Bazán. El Consejo de Indias, organizó anualmente flotas para traer la plata de las minas americanas.

Su amistad con Toledo, Cadereyta y Oquendo fué grande. Don Fadrique de Toledo, fué un gran almirante; en el 1625 reconquistó San Salvador y derrota una escuadra holandesa. Cadereyta, otro gran marino, fué recompensado nombrándolo Virrey de Méjico. Oquendo es una gloria de la marina española. Don Lope es felicitado por la corona por sus buenas navegaciones especialmente la última del 1626 y declara que en todos los juicios de residencia ha sido dado por libre. En 29 de Marzo de 1626, recibe el nombramiento de Capitán General del mar Oceano, se le dice en el título, «teniendo en consideración a lo bien que me habeis servido de veinte años a esta parte en la mar, habiéndose hallado en las ocasiones que se han ofrecido y ocupado puestos de Almirante, General de algunas flotas de Nueva España. dando buena dellos y de todo lo que ha estado a vuestro cargo a imitación de vuestros pasados, he tenido por bien de elegiros y nombraros para que governeis la capitana de dicha armada del mar oceano y los demás navíos della de guerra y mar que se halla en Cádiz y todos los demás navíos y gentes que se juntaran asi en dicho puerto, como navegando, cuando yo os lo mandare que se apresten los navíos y pongan en orden para navegar». Se le señalaba de sueldo 200 escudos mensuales.

El año de 1631 es de improbos trabajos para don Lope como organizador de la flota. El mismo en su relación al Rey cuando la catástrofe de Guetaria, le dice, es notorio lo que trabajé, disponiendo todo lo que VM me mandó. El Consejo de Indias, calculó que para equipar la flota, compuesta de 10 galeones y un patache se necesitaban 252.647 ducados, incluidos los 16.000 que había de llevar de repuesto el contador de la armada.

Las órdenes de Madrid los años 1631 y 1632, son infinitas y variadas, a todo atiende don Lope, son 95 folios lo que ocupan las copias, carenar y preparar los navíos, fundir cañones en Sevilla, hacer levadas de marinos y soldados, para lo que se le ordena que recurra al Duque de Medina-Sidonia, al Marqués de Ayamonte y al Asistente de Sevilla; la gente faltaba y nunca se pudo reunir toda la que hacía falta. Hace acopio de trigo, garbanzos, habas y 119 quintales de vizcocho; otro día le toca requisar aros de hierro para las barricas y piperas. Cuando los preparativos están muy adelantados llega la flota del almirante don Antonio Oquendo y una mala noticia, los moros han atacado el presidio de la Mamora y tiene que atender y aprovisionar la armada de Oquendo y enviar los soldados de sus galeones en socorro de la Mamora. De Madrid le felicita el Concejo de Indias, por el celo y la ayuda que ha prestado al Duque de Medina-Sidonia.

Había unos 500 prisioneros ingleses y holandeses que se habían cogido en las islas de San Cristóbal y las Nieves por don Fadrique de Toledo. Por un pacto se habían comprometido en la capitulación a entrar en nuestra flota, se arrepienten y entonces se ordena que se los envíe de galeotes a las galeras.

La concentración de tantos hombres en Cádiz y el retraso en salir la flota, da lugar a incidentes, que hoy mismo se producen en los puertos cuando llegan las grandes escuadras, entre ellos uno muy sonado producido por el capitán don Juan de Arce, en una fiesta de toros. Estaba ocupado un tablado por 50 soldados, los hizo bajar y colocó en él 50 mujeres, la suya y las de sus amigos. El capitán Juan de Aguirre, hirió al auditor de la armada don Cristóbal de la Moya, lo que motivó un consejo de guerra. En carta le dice Felipe IV: «He mandado que se os despache en forma el título de mi Almirante General de la Armada del Mar Océano de Cádiz». Título que llega con fecha 4 de Diciembre de 1631, en la forma siguiente: «Título de Almirante General de la Armada del cargo de don Fadrique de Toledo durante esta jornada», ordenándole se incorpore a la misma.

Entre las cuentas figura una relación de lo que cobraban los jefes, oficiales y soldados.

Al capitán y paje, 44 escudos al mes; al alférez, 18 escudos al mes; al sargento, 8 escudos al mes; a los tambores y pífanos, 18 escudos al mes; al furriel y barbero, 6 escudos al mes; al capellán, 12

escudos al mes, 50 mosqueteros a razón de 40 reales cada tres; 189 plazas de coseletes y arcabuceros a 33 reales cada una.

Tenían además lo que se llamaban ventajas y entretenimientos y los soldados que llevasen 12 años de servicio, ventajas particulares que eran variables. 480 plazas de los seis bajeles importaban 30.000 reales, las pagas de los artilleros 34,320 reales, cuatro pagas.

Se le dió orden de dar dos pagas extraordinarias a los capitanes, oficiales y soldados, para que prepararan su matalotaje (baúl), y que podrían llevar hasta 5 bocoyes de vino cada uno.

Entró el año 1632 y la flota se encontraba todavía en Cádiz, faltaban marinos. Llegaron doce hermanos de la Orden de San Juan de Dios y se dió orden de darles ración y que tuvieran las llaves de las cajas de medicinas. Se refuerza la escuadra con cuatro navíos de Suecia, que se habían embargado en Bonanza y una urca holandesa que había en Sevilla; el Duque de Medina Sidonia recibe orden de entregar 150 soldados sin capitanes, para que se embarquen con objeto de aumentar la dotación.

Con fecha 2 de Mayo de 1632 se le dá nueva orden, que parta en conserva con los navíos del Marques de la Cadereyta.

El último título lo recibe con fecha 10 de Abril, nombrándole Capitán General de la flota que ha de ir a Nueva España, jurando antes en la Casa de Contratación las Ordenanzas.

La flota de Cadereyta la componían en total 55 navíos y el objetivo era desalojar a los holandeses de la isla de San Martín, pequeña isla del Archipiélago del Viento.

Partió la flota de Lisboa y al llegar a San Martín, don Lope mandó las fuerzas de desembarco, unos 1.300 hombres, con dos piezas de artillería. Recibe dos grandes heridas, quedando manco para toda su vida. El Gobernador holandés hizo una honrosa defensa, parlamentó con los españoles y hasta brindó a la salud del Rey de España.

No tenemos más documentación de este viaje, toca en Puerto Rico a la que refuerza, siguiendo órdenes recibidas y al regreso va a Madrid, donde solo está ocho días, pues recibe orden de ir a Nueva España, donde está en el puerto de Vera Cruz en Julio de 1634.

En carta del Virrey de Méjico al Marqués de Cerralbo, le felicita y le dice que su llegada parece milagrosa, que no le habían dado sucesor en el cargo porque la flota se había despachado muy de prisa en el mes de Mayo, que está enfermo y el temple del clima le sienta mal. Regresa felizmente de su viaje.

## El Brasil

En 1624 había tenido lugar el primer desembarco de los holandeses en el Brasil pero se vieron obligados a capitular. Volvieron en 1630 y se apoderaron de Pernambuco, donde se matuvieron ocho años. Una escuadra al mando de don Antonio de Oquendo derrotó a la holandesa mandada por Hans Pater, en el combate llamado de los Abrojos, en el 1631, muriendo Pater. Los holandeses volvieron a atacar en 1635 y quedan dueños de las capitanías de Pernambuco, Itanaraca, Parahiba y Rio Grande. El portugués Matías de Albuquerque llevaba más de seis años en lucha con los invasores, les había dicho que si en todo aquel mes no venía socorro de España, se podrían ir los soldados a sus casas.

Don Lope recibe orden de salir con su escuadra en socorro del Brasil; el gran Almirante don Fadrique de Toledo, había caído en desgracia con el conde-duque de Olivares, al que escribió una carta en que le decía: «que había servido a S. M. gastando su hacienda y su sangre y no hecho un poltrón como el Conde-duque. Su entierro en Madrid fué tumultuoso y se gritaba ¡murió de la envidia de uu valido! A don Antonio de Oquendo lo tenía olvidado el valido. El 2 de Agosto de 1635, se le expide el título de Capitán general de la Armada que se ha juntado en el puerto de Lisboa, para socorrer al Brasil, con 200 ducados de sueldo al mes. «Teniendo consideración a lo bien que me habeis servido de muchos años a esta parte, así en la carrera de las Indias, como en mi armada del mar Oceano, gobernándola algunas veces y atendiendo que el año pasado de 632 os nombré Capitán general de otra Armada; en el 633 os encargué del refuerzo de los galeones de la plata y flota de Indias para la recuperación de la isla de San Martín, en que me servísteis con el valor y acierto que se sabe y acreditó el breve y buen suceso de la empresa. Recibiréis de don Gerónimo de Sandoval, las instrucciones, cédulas y otros despachos y papeles abiertos y cerrados, tocantes al dicho viaje y os doy facultad para tomar y embargar navíos, sueldos, entretenimientos y ventajas, con jurisdicción civil y criminal para la administración de la justicia».

En el puerto de Lisboa está concentrada la escuadra; el 8 de Agosto, da unas largas órdenes a todos los capitanes, que son modelo de previsión y conocimientos marinos. En esta larga orden se ve la pericia que don Lope tenía del mar, de los navíos

y de los soldados y marineros, y lo que eran los combates en el Oceano.

Del viaje al Brasil tenemos una larga relación, que hizo al Rey en una carta fechada en el cabo de San Vicente, el 22 de Agosto, a su regreso en 1636. Brevemente resumiré que fué a Pernambuco con intención de quemar los navíos al enemigo, que huyeron y se pusieron al amparo de las fortificaciones del puerto, pero pudo socorrer a los portugueses en lo que invirtió diez días, con solo cinco navíos, porque el sexto galeón se había desguazado, no atreviéndose los holandeses a atacarlo por creer que venía con más fuerzas.

Otra orden llevaba don Lope, atacar y recobrar la isla de Curazao que había sido conquistada y fortificada por los portugueses y la isla de la Tortuga, que se convirtió en nido de piratas y corsarios y que recorriera las costas de las islas de Barlovento y las limpiara de enemigos, órdenes que llegaron tarde, pues fueron dadas en Madrid el 10 de Febrero de 1636 y llevadas en un barco aviso.

Emprende el regreso y tropieza con la escuadra holandesa, el combate duró los días 19 y 20 de Febrero, de sol a sol, los holandeses tenían 8 grandes navíos y don Lope cinco, fueron rechazados con grandes pérdidas y protegió la flota del azúcar, que llegó felizmente a Portugal. En el juicio de residencia, en Mayo 1635, fué absuelto.

Dueños los enemigos de España del canal de la Mancha, no se podían enviar refuerzos a Flandes. Don Lope recibe orden en La Coruña de ir con su escuadra de 11 navíos a atacar el puerto de San Martín, en la isla de Rhe, donde estaba la escuadra francesa. En Santoña debía de unírsele la escuadra de Juan de Hoyos, compuesta de 12 navíos, sólo se incorporaron dos, naufragando una. En rumbo a la Rochela, la atacó y apresó un navío francés y cinco holandeses. El día 22 de Septiembre de 1637, se dirigió a San Martín. Se acercó con bandera holandesa, pero el enemigo dándose cuenta del engaño cortó las amarras y escapó a la puesta del sol.

Entré dice don Lope, en el puerto y debajo de las murallas de aquella ciudad, le saqué al enemigo 24 bajeles que quemé y eche a pique y se le embarrancaron los demás y esto se hizo a balazos, sin ardides ni instrumentos de fuego a mano lenta. En la Rochela empezó a prepararse una escuadra para salir en persecución de don Lope, que al tener noticia de ello, regresó rápidamente a La Coruña, tuvo buenos vientos y llegó el día 8 de Octubre. Su entrada fué triunfal llevaba 12 presas enemigas francesas y holandesas y por su parte no

tuvo más que la pérdida de un navío, llamado La Leocata. Recibió la felicitación del Rey, que le preguntaba en carta, las condiciones de las presas, para agregarlas a su escuadra y que clase de pertrechos, armas y artillería necesitaba.

En Sevilla, un escritor, Gómez Pastrana publicó relación de los buenos sucesos y victorias que ha tenido en la costa de la Rochela, don Lope de Hoces y Córdova, Capitán General de la Armada, que S. M. mandó prevenir a La Coruña año 1637, Sevilla 1637.

Nuevamente recibe orden de ir a Flandes con su flota llevando tropas, en pleno invierno sale de La Coruña y llega con toda felicidad a Bélgica. Desde Bruselas le escribe el Cardenal Infante don Fernando, felicitándolo por su llegada (16 de Diciembre 1637) y pidiéndole que vaya a Bruselas, pues tiene muchos deseos de verle. Regresa a La Coruña, llevando como botín 33 piezas de artillería enemiga; tuvo que tocar en las costas inglesas y en Dunquerque se le une la escuadra española de este nombre, embarca dos tercios de irlandeses, que eran tropas mercenarias. Desde los tiempos de Felipe II, hasta Bailén, los irlandeses han estado siempre al servicio de España. Hizo el viaje de regreso en 5 días y 6 horas, sin encontrar enemigos en el mar. Escribe al Rey desde La Coruña pidiéndole *licencia para venir a Córdoba a morir a un rincón de la casa de mi sobrino, porque los dolores y achaques que estoy padeciendo no esperan dilación.*

El Rey, con fecha de 9 de Mayo de 1638, le escribe: «Por vuestra carta del 12 de Abril, supe como llegásteis a la Coruña de vuelta de Flandes, y lo sucedido desde que salísteis y las arribadas en las costas de Inglaterra y las presas que se tomaron a los holandeses y franceses, así las que llegaron a Dunquerque en la primera arribada como las que después encaminásteis desde la boca del canal y las que trajísteis con vos, en todo se ha experimentado vuestra atención, valor y buena diligencia a la ida y a la vuelta, pues el socorro que llevásteis a aquellos estados fue muy considerable y en ocasión que tanto se necesitaba, de lo que me habeis servido en toda la jornada y con memoria particular de ello y de los demás servicios que he recibido para honraros y haceros merced».

«En cuanto a la licencia para curaros este verano, hace mucha falta vuestra persona, seré muy servido que procurais el reparo de la salud, para después de este año os concedo la licencia que pedís».

## Fuenterrabía y Guetaria

El cardenal Richelieu, con su programa de abatimiento de la Casa de Austria, interviene activamente en el último período de la guerra de los treinta años, el llamado francés, se alió con los protestantes alemanes, holandeses y suizos. Durante trece años 1635 al 1648, la guerra, además de los campos de batalla alemanes, tiene lugar en la frontera española de los Pirineos y las costas cantábricas. El Príncipe Condé, el gran general francés, pasa el Bidasoa, penetra en Irun, toma Pasajes y el fuerte de Figuiet en el cabo de su nombre y ataca Fuenterrabía.

En Madrid seguían con ansiedad el ataque y sitio de Fuenterrabía. Por las cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús, sobre los sucesos de la monarquía, podemos seguir los incidentes de la lucha. En la del 13 de julio, escribe el Padre que el 4 de julio, había sitiado Condé a Fuenterrabía, en la del 17 de julio, dice el Padre, que los galeones de don Lope habían apresado dos navíos franceses cargados de municiones, el 27 de julio, que don Lope había llegado con 1.400 soldados a San Sebastián y había conseguido meter gente y víveres en Fuenterrabía. Los franceses levantaron el cerco de la ciudad y en la retirada Condé, perdió sus baules, las cajas de oro y plata y hasta las banderas, huyendo hasta ganar una chalupa y las tropas francesas se retiraron a Bayona. El cerco lo rompió el almirante de Castilla y el conde de la Mortara.

El inquisidor don Diego de Garay, da cuenta de los alborotos en Madrid contra los franceses y el júbilo de la corte por la victoria, amargada con el desastre de Guetaria. Don Lope había acudido en socorro de los pueblos de la costa; su escuadra la componían 14 galeones, urcas y pataches. Una escuadra francesa de 52 navíos al mando del arzobispo de Burdeos don Enrique Escoblean de Sourdis, se acercó a la costa para impedir que desde San Sebastián se enviaran refuerzos a Fuenterrabía, tomando Pasajes. Don Lope reúne junta de jefes y se acuerda bajar piezas de artillería, colocarlas en las alturas y formar una talanquera defensiva, supo que Pasajes estaba libre de franceses, pero un viento contrario le impidió el acercarse. La escuadra francesa cada vez más numerosa era dueña de la boca de San Sebastián e iba armada de brulotes. El almirante Estrada describe los brulotes, palabra derivada de la francesa brulot: «El brulote era embarcación cualquiera, galeón, carabela, urca vieja, ya,

que en vez de ser condenada al desagüe en el último tiempo de su vida, concluía ésta con terrible episodio. Tripulada ésta por escaso número de hombres, decididos, heroicos, que manejaban aparejo y timón, y gobernaban el barco volcán, abordaba la nave enemiga en embestida directa o por enganche de la jarcia con los arpeos de que iba provisto el brulote en los extremos o penales de las vergas. Entonces la pequeña y abnegada dotación que solía ser de galeotes o forzados con promesa de liberación o bien voluntarios ante la perspectiva de mejorar de condición o simplemente para mostrar su valor o alcanzar gloria, procuraba salvarse saltando a la lancha que tenía preparada, después de dar fuego al cebo, momento culminante, en el que a fuerza de remo y vela se alejaban dejando detrás el incendio y la muerte, entre la lluvia de balas que la víctima y los demás buques enemigos les disparaban».

El combate fué en Guetaria, a dos leguas de Pasajes. El primer ataque de los franceses fué el 20 de Junio (1638); fondearon en primera línea, a un cable de distancia del puerto, 13 galeones de los mayores, de 2.000 y 1.000 toneladas, que causaban gran estrago a los españoles apiñados a pesar de los disparos de las baterías emplazadas en el monte por don Lope. Los franceses lanzaron al fin sus brulotes, que empujados por el viento que soplaba E. N. E. originaron una gran confusión. Solamente pudieron escapar del estrago unos 1.000 hombres que se salvaron a nado y el único barco que se libró del incendio fué el galeón Santiago. Salvó la vida don Lope, arrojándose al mar, cuando su barco ardía, perdió todo su equipaje y los franceses creyeron que había muerto.

Llegaron las noticias a Madrid y en carta del P. González, del 24 de Agosto, dice: «que a don Lope le habían cerrado los franceses el puerto de Guetaria, con 56 navíos, que habían intentado desembarcar y tomar el puerto por tierra, para quemar la escuadra por mar y por tierra, que don Lope había colocado seis tiros en tierra y desembarcado fuerzas, que dos veces le habían atacado y rechazado el ataque y que se quejaba de que no le había enviado fuerzas el Almirante; porque necesitaba todas las que tenía. El 31 de Agosto se supo el desastre de Guetaria, que lo pintó el P. González en la forma siguiente: Don Lope estaba en Guetaria con doce navíos, puso los siete a la boca del puerto para defender la entrada de los enemigos, los cuales le acometieron y no hicieron nada, porque el tiempo no les fué a propósito. El día siguiente se levantó un aire picante con la

marea que, valiéndose de él los franceses, en cuatro naos viejas las cargaron de alquitrán y enderezaron al puerto para que el aire las llevase, y pegándoles fuego dieron en los bajeles y de doce quemaron los once. Murieron 4.000 de los nuestros. Hasta hoy, que ésto sucedió el 22, no ha escrito don Lope, aunque se sabe escapó.

Mucho le culpan la falta de prevención, pues podía creer le habían de hacer esta u otra semejante burla los enemigos, y cuando esto no fuera, el no salir a la mar, pues si se habían de perder, murieran con honra y no arrinconados y si recibieran daño también lo hicieran. En fin, es diferente el ir y venir a las Indias, que el pelear que lo primero hacen muchos y lo segundo pocos. Con todo, se aguardan sus cartas y las excusas que dé

Tenemos dos relaciones del desastre de Guetaria, una francesa, que copiamos y en donde suprimo los nombres de los marinos franceses y otra, de don Lope fechada en Tolosa el 14 de Diciembre. El original entre los papeles de don Lope, coincide con la copia del P. González, en carta fechada en 14 de Septiembre, salvo en la redacción, quizás corregida por Gayangos, suprimiendo giros.

Don Lope se encuentra el 22 de Noviembre en un pueblo a cuatro leguas de Madrid, esperando la licencia para entrar en la corte, debió de llegar y defenderse de los injustos ataques que le hacían, pues no perdió el favor real. Regresa a la Coruña, y el 1639, el Arzobispo de Burdeos con su flota se dirige al Ferrol, donde es rechazado por el gobernador Pardo de Figuera y después a La Coruña; don Lope forma una fuerte talanquera con cables desde el castillo de San Felipe, hasta Mera, cerrando el puerto. El arzobispo desistió de su intento de forzarlo; por la noche sale el almirante Horna causando daños a la flota francesa, que siguió por la costa desembarcando en Laredo, dice misa en la iglesia pero se lleva algún botín y se apodera de un galeón, otro fué incendiado por sus tripulantes, ataca Santander e incendió el astillero, causando daños. El arzobispo de Burgos levanta fuerzas para acudir en socorro de la ciudad, pero llega tarde, el de Burdeos se retuvo con sus fuerzas de la costa, regresando a Francia.

Circuló una carta de desafío del arzobispo a don Lope, y su contestación, de que sin orden de su Rey no podía aceptar el duelo. El arzobispo aprisionó a un patache, al que puso en libertad, con carta para don Lope, en que le decía, que por la falta de marinos se lo

enviaba, que quería combatir con él en campaña rasa y no entre corrales.

El gobierno de Madrid, necesita otra vez llevar socorros a Flandes y quizás también vengarse de los holandeses. El 16 de Abril (1639), le prometen a don Lope 50 navíos para la marcha a Flandes. El 4 de Mayo partió don Lope para La Coruña y la noticia que han llegado a Cartagena 500 italianos y 900 sardos. La escuadra francesa está a la vista de La Coruña con 80 navíos para impedir el socorro a Flandes. En La Coruña se van concentrando todas las escuadras españolas, llega Oquendo con la suya, la de Dunquerque la más fuerte y de mejores navíos al mando de su gran almirante Horna, el consejero don Andrés de Castro, al que recomiendan de Madrid con gran interés.

Las promesas de aumentar la escuadra de don Lope, no se pueden cumplir, está compuesta de siete galeones viejos y la capitana Santa Teresa, un gran navío de mil toneladas, extraordinario para la época, construído en Lisboa y armado de 60 cañones y 80 según los holandeses y cuyo capitán era don Francisco Feixo.

Cuando llegaron Oquendo y don Lope se suscitó la cuestión del mando. El Sr. Martínez de Velasco en su pequeña biografía habla de un consejo en el que Hoces renunció a la jefatura, que no la apetecía. El almirante Estrada escribe, ambos almirantes eran dignos de ser elegidos para el mando de todas las escuadras, esto era indiscutible en ausencia de uno de ellos, más el estar los dos presentes, el acuerdo tenía que recaer en Oquendo, almirante invicto, ya que por desdicha Lope de Hoces no era tan afortunado, nosotros creemos que a Oquendo, capitán general más antiguo, era al que le correspondía el mando, lo era desde el 7 de Enero de 1608 y don Lope desde el 9 de Marzo de 1615, además había navegado bajo el mando de Oquendo en América. Las Ordenanzas de galeras quizás se ocupen de la antigüedad en los mandos.

El P. González escribe el 6 de Agosto, créese que irá por el almirante don Lope, al que lo hacen vizconde con la condición de que lleve la gente de La Coruña a Flandes y lo mismo a Oquendo; don Lope contesta que conde o marqués, pero no vizconde. El 5 de Septiembre levaban anclas las escuadras, compuestas de 70 velas, al mando de Oquendo, Hoces, Horna, Massibradi, Feijoo y Castro. Las tropas 8.000 hombres según las noticias contemporáneas y 10.000 según otros historiadores.

Embarcaron en navios ingleses y bajo la bandera neutral, al precio de un escudo por hombre, de este modo navegaron con independencia como navios 'neutrales. Richelieu había conseguido de los holandeses que la escuadra francesa, al mando del arzobispo de Burdeos, quedara en reserva y que la holandesa disputara el paso del estrecho de Calais. Dos escuadras holandesas esperaban a la española, una de 50 galeones y 20 brulotes al mando de don Martín Von Tromp, y otra de 40 galeones y 10 brulotes, mandada por Evertaz. Las dos iban a disputar el paso a las españolas a las que forzó a que navegasen por la costa inglesa. El 15 de Septiembre se encontraron las escuadras en el estrecho. Oquendo ostenta su bandera en el Santiago, le siguen don Lope con el Santa Teresa y los mejores navios de la de Dunquerque. Siguiendo su vieja táctica, intenta aferrar a la capitana de Tromp, sin conseguirlo, la táctica de Tromp fué el combatir de lejos y evitar el abordaje. Duró el combate todo el día y se reanudó al amanecer del 17 y el 18. Las escuadras enemigas concentraban los fuegos sobre el Santiago y el Santa Teresa, pero a las tres de la tarde cesó el fuego de los galeones españoles, se había terminado la pólvora.

Tromp se dirigió a Calais para repostarse y Oquendo a las Dunas al norte de Dover, entre los puntos South y North Foreland. Fondeadero arenoso pero neutral como tierra inglesa. Al día siguiente la escuadra holandesa fondea frente a la española. Oquendo tuvo noticias de que uno de sus navios transportes había sido presa de los holandeses con sus 1.000 soldados. Entabla correspondencia con el embajador español en Londres y con el cardenal infante en Flandes, el cual envía pequeñas embarcaciones, que durante la noche cruzan el canal y llevan a la costa flamenca, los heridos, y 5.000 soldados y 3 000.000 de escudos. Al fin recibió pólvora inglesa, aunque en pequeña cantidad. El cardenal infante don Fernando se había trasladado a la costa y seguía manteniendo activa comunicación con Oquendo, pero no pudo enviarle refuerzos de marineros por carecer de ellos y de los cuales estaba necesitada la escuadra.

El almirante inglés Pennigtón escribió a Oquendo que recelaba que la escuadra española no estaba segura y que redoblara la vigilancia, tampoco estaba seguro nuestro almirante de que fuera efectiva la neutralidad inglesa. La flota holandesa se había multiplicado, era de 100 navios, algunos los elevan a 114 y 20 brulotes. El almirante Tromp participó al inglés que había sido agredido por los es-

pañoles, lo que no era cierto. Dió orden Oquendo de levar anclas el día 21 de Septiembre y que le siguieran las escuadras. La jerarquía de la marina española comenzaba con el capitán general de la armada que tenía como subordinados a los capitanes de navío. El segundo jefe de la flota era el almirante.

El Santiago iba a la cabeza enarbolando la bandera de Oquendo, a su popa el Santa Teresa con don Lope, al que seguían la de Galicia al mando de don Francisco de Feijoo, a éste la de Horna y por último la de Massibradi. Tres brulotes lanzados contra el Santiago fueron esquivados valientemente y dos contra el Santa Teresa, pero el tercero chocó y empezó a arder el Santa Teresa. Don Lope fué alcanzado por una bala de cañón, perdiendo una pierna y un brazo. muriendo antes del incendio total del barco. Muy pocos se salvaron, solo algunos que se arrojaron al agua. La escuadra de don Andrés de Castro, de 23 galeones, encalló en la arena, pérdida irreparable en el combate. Tras horroroso combate en donde los brulotes y el cañoneo a distancia destrozaban y diezmaban las escuadras españolas; los restos de ella, con el Santiago a la cabeza, con más de 1.700 impactos de proyectiles, dijo Oquendo, pudo arribar al puerto de Mardique.

El 17 de Marzo, despues de grandes penalidades los restos de la escuadra, mandada por Oquendo, gravemente enfermo estaban a la vista de La Coruña. Se había repetido el desastre de la Invencible, en donde don Miguel Oquendo, su padre, murió al llegar a España, como le ocurrió al hijo que murió en La Coruña, el Jueves Santo del 7 de Junio del 1640, víctima de las penalidades de la expedición. En la Corte habían llegado avisos con la noticia del desastre y una relación del combate con carta escrita de Oquendo que el P. González recogió en unas de sus cartas que es la siguiente:

Madrid y Noviembre 22 de 1639

Pax Christi, etc. Cuidadosísimos hemos estado estos días por las malas nuevas que nos daban de nuestra armada, que estaba en las Dunas de Inglaterra, porque se sabía, habían peleado y decían el suceso era infeliz y que los holandeses con 17 navíos de fuego la habían pretendido quemar. Con esto los discursos eran varios: unos que todo había perecido con incendio; otros que nos habían echado a pique 40 navíos y quemado otros muchos; solo había de consuelo que de dos cartas de Francia, la una decía habíamos perdido cuatro navíos y la otra doce y que el enemigo había salido con mayor

pérdida. Estos y otros discursos había muy en contra de nuestra armada

Llegaron por último cartas de Inglaterra del Rey y de nuestro embajador y del señor Intante, el día siguiente, con la relación de don Antonio de Oquendo, muy por menudo. Fué el caso que estando los nuestros en las Dunas con su armada, y por una parte los enemigos con 70 navíos y de la otra 12 navíos del rey de Inglaterra. para impedir no se pelease en la canal y ponerse de parte del que fuese sometido contra el que acometiese. Don Antonio de Oquendo, sabiendo que los enemigos hacían el esfuerzo posible para juntar navíos para dar en nuestra armada y quemarla o afondarla, envió en una fragata al almirante de Inglaterra, con un capitán a decirle como tenía aviso que los holandeses con todo esfuerzo trataban de reforzar su armada, y que embarcaban cuantos vasos había y llegaban a los puertos; que si le era lícito, más quería pelear con ellos, al presente que eran 70 vasos, que despues no se sabía el poder que juntarían. Respondió el almirante que su señoría no tuviese recelo de ser acometido, porque estando en puertaa de su rey, y con salvaguardia, que el tenía orden de ponerse al lado de quien fuese acometido, y que si los holandeses le acometiesen le tendría por suyo, y si él acometía sería fuerza cumplir la orden de su rey y favorecer a Holanda. Con esto los nuestros se aseguraron algo, aunque no de suerte que no se previniesen bastantemente para el suceso venidero. Los enemigos cada día enviaban naos de guerra para reforzar su armada, hasta los 20 del pasado, que entonces llegarían en todas las que habían juntado a 125 navíos de fuego, y antes más que menos. A los 21 se le levantó una marea, y empezó a picar el aire, con que acercaba el puerto a los enemigos y desviaba a los ingleses de su puerto. Viendo don Antonio de Oquendo y don Lope de Hoces que el enemigo se le acercaba con muestras de quererlos acometer quisieron con consejo de todos los más principales de la armada salir a la mar y pelear, y no ponerse a riesgo de que los quemasen, confiados en el seguro del Inglés.

Salió primero don Antonio con su escuadra, don Lope que iba en la Teresa con la suya, don Andrés de Castro, que restaba, varó con sus navíos y impidió la salida de los otros.

Empezaron la pelea don Antonio de Oquendo y don Lope y se batieron valerosamente, echando a fondo al enemigo muchos navíos. Los cuatro primeros que llegaron a la Teresa, los echó a pique y

luego otros dos. Aferro con ella la almiranta de Holanda y otro navío que dió por el otro costado de la Teresa, y traídos la Teresa a mal traer y viendo el riesgo que corrían los holandeses, trataron de quemarla. Echáronle cuatro o seis navíos de fuego que embistieron con gran ímpetu y la pegaron fuego.

Ya en este tiempo don Lope de Hocés estaba con un brazo menos que le había llevado un tiro peleando varonilmente. Cuando la almirante y compañera holandesa vieron se quemaba la Teresa y trataron de desafortarla y los nuestros lo impidieron valerosamente, sin escapar ninguno sino fue un artillero nuestro en una tabla. D. Antonio también peleaba como de él se podía esperar y pretendieron hacer de su navío lo mismo los holandeses, más él les hurtó el cuerpo lindamente, pasando por los navíos de fuego sin que le ofendiesen, juntándolos con grande prisa a ellos y a los demás, a quien siguieron algunos de su escuadra.

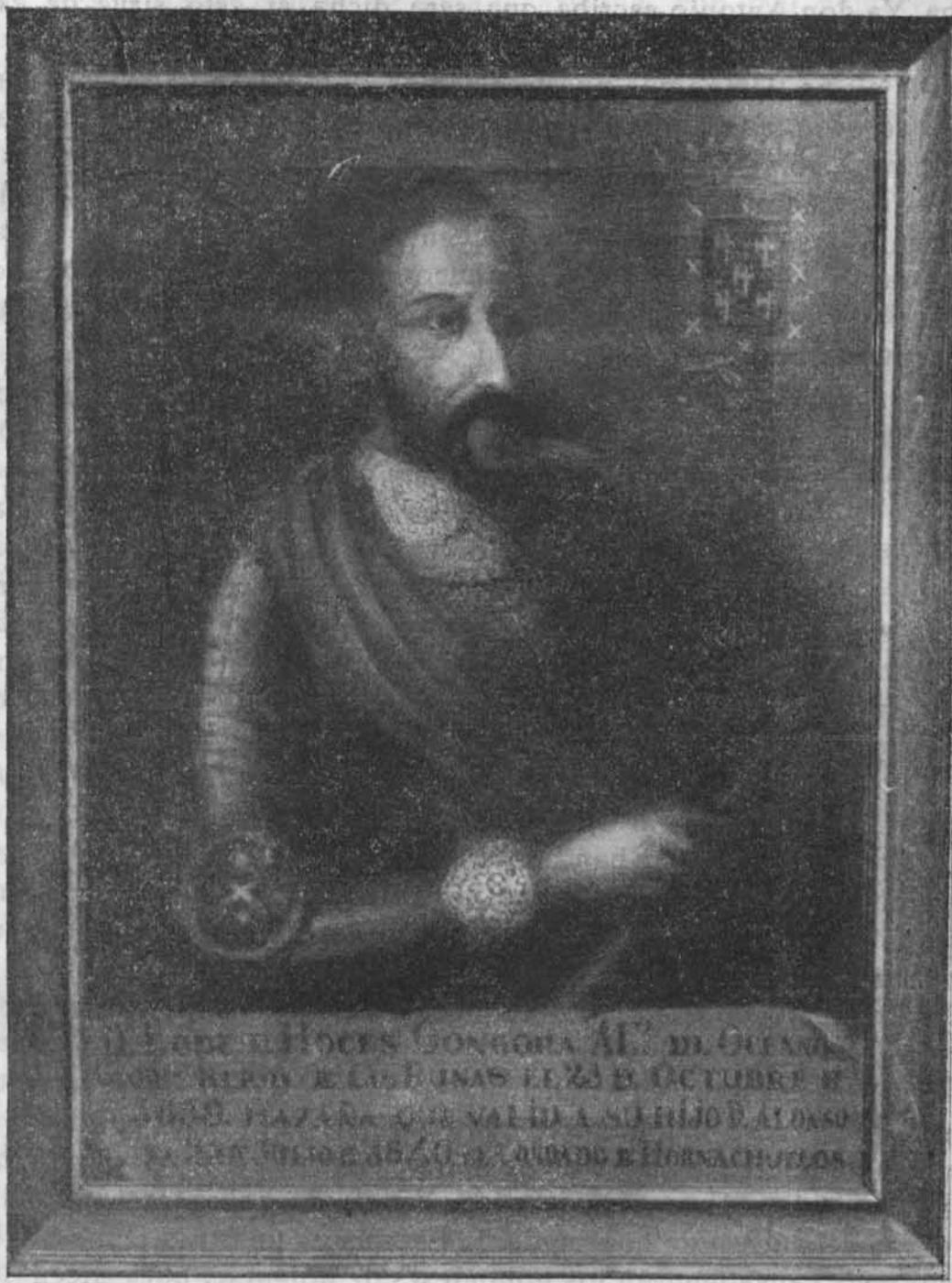
Ya en este tiempo se levantó una tempestad tan grande que a unos y a otros los echó por diversas partes, aunque acabada se halló don Antonio en el mismo paraje sin enemigos con quien pelear. Tomó la vía de Mardick, puerto nuestro, a donde entró con parte de su escuadra y cada día iban entrando unos allí, otros en Dunquerque, otros se volvieron a las Dunas y tres aportaron a Vique (Quizas Harwich) puerto de Inglaterra.

Faltan de nuestra armada diez navíos, tres que echaron a pique, la Teresa se quemó y seis que vararon en las Dunas y se abrieron salvando la gente, artillería, municiones y jarcias. Tres navíos han aportado a La Coruña, los enemigos perdieron 25 navíos que se les echaron a pique.

Hasta el día de la fecha que escribió el señor Infante, no habían entrado en Holanda sino solo 60, los demás fuera de los echados a pique, no se sabe donde están, o si la tempestad los acabó, que por lo menos algunos no habrán dejado de perecer como perecieron en ella 30 navíos de franceses mercaderes, que llevaban vinos y otras cosas de Francia a Holanda, que con la fuerza del aire habrán dado en varias rocas de Inglaterra y héchose pedazos. Este día ha sido el suceso de nuestra armada en las Dunas.

Escribe don Antonio a S. M., que aunque el suceso no era como él deseaba, *más que había sido mejor de lo que él esperó*. El rey de Inglaterra ha mostrado grande sentimiento del atrevimiento de los holandeses, y ha preso a su almirante, por no haber ejecutado sus

Don Lope de Hoces y Córdoba



órdenes y aunque se excusa con que ya él procuró tirar a la armada enemiga, sino que el viento le desviaba, hay quien malicie iban los tiros sin bala, y hace muy sospechoso el caso, el asegurarnos por una parte y por otra, acercarse los enemigos al tiempo que él se alejaba. Ya don Antonio escribe que será dicha si esto sirve de escarmiento.

Al mismo tiempo que nuestros navíos iban entrando en Dunquerque, llegaron las fragatas de aquel puerto con cuatro presas de cuatro navíos holandeses, que venían del Brasil, muy ricos de azúcar y otras mercaderías. El uno aprecian en 300 000 ducados y lo de más estima es las cartas originales que envía a Holanda el sobrino del de Oranje, gobernador de Pernambuco, donde le dice está muy apretada hoy y que si no le socorren con esfuerzo grande será fuerza el no entregarse.

Como el de Oranje vió a los nuestros ocupados en Dunquerque con el cuidado de nuestra armada, le pareció era buena ocasión para ponerse sobre Gueldros. Súpolo un cabo nuestro y fuéle a recibir y le dió una muy buena mano con que volvieron muy descalabrados a Holanda. De Ostende y de Dunquerque han salido 16 navíos para las pesquerías de los holandeses; si Dios les dá ventura sería el mayor suceso que podíamos desear el desbaratarlos, porque es quitarles el comer a los del pueblo, con que se podrá con mucho fundamento esperar que habrán de mudarse las cosas muy en favor nuestro.

De Madrid y Noviembre 22 de 1639. Sebastián González Al P. Rafael Pereyra, de la Compañía de Jesús, en Sevilla.

Las mercedes que se han hecho a la mujer de don Lope de Hoces, difunto, son: título de conde a su hijo y una futura sucesión de una encomienda de 2.000 ducados a su mujer, los emolumentos de oidor de Indias por sus días, y despues de ello a su hijo, y que sirva la plaza en teniendo edad; a la hija llevan a Palacio por menina de la Reina.

En otra carta del 13 de Diciembre, vuelve a tratar de la pérdida del Santa Teresa «De Londres han venido cartas en que se cuenta el suceso de nuestra armada en aquellos mares. Una de ellas que me ha proporcionado un amigo dice. Ya V. E. habrá entendido las nuevas del suceso de la armada de España en nuestras Dunas, de la cual poca causa tendrán los holandeses de holgarse, pues dicen les faltan hasta cuarenta bajeles suyos, y que veinticuatro dellos fueron

a fondo. La Santa Teresa, almirante de Portugal se quemó desta suerte. Embistiéronla los holandeses primeramente con tres barcos de fuegos artificiales, de las cuales se defendió tan bien que los echó a fondo.

Era el mayor galeón de toda la armada, con 600 hombres. La segunda vez la embistieron con cuatro navíos de fuego y uno de guerra enemigos, combatiendo para dar en que entender a los de Santa Teresa, mientras se les pegaba fuego; pero la artillería enemiga no hacía más mal en ella que si fuera una peña. Al fin pegó de tal manera, que se quemó totalmente con el navío holandés, de suerte que se quemaron seis.

El capitán Feixó en carta fechada en La Haya el 15 de Noviembre de 1639, en donde estaba prisionero, describe la batalla. Dióse a la vela en efecto; pero cargando una niebla muy fuerte, la mitad de los navíos equivocaron el rumbo y encallaron en tierra; los demás rodeados de enemigos, pelearon con desesperación; siendo los unos volados o apresados, y yéndose otros a pique. Murió en la batalla de un cañonazo don Lope de Hoces, y el enemigo apresó nueve galeones; fuese a fondo la almirante de Vizcaya, donde iba el maese de Campo don Gaspar de Carvajal, y la capitana de Vizcaya con don Pedro Medrano se perdió en la costa de Francia.

El secretario del Rey, Pedro Coloma, el 9 de Marzo de 1640, certificaba por diferentes cartas de don Antonio de Oquendo: En el encuentro en el puerto de las Dunas, en 21 de Octubre del año pasado se perdió el galeón Santa Teresa en que iba embarcado el señor don Lope de Hoces y Córdoba, habiéndose quemado con algunos navíos de fuego que sobre él arrojó el enemigo por no atreverse a abordarle y todos dan por constante y particularmente el señor don Antonio de Oquendo que murió peleando.

Felipe IV escribía a la esposa: «Vos habéis perdido un gran marido y yo un tan gran caudillo y vasallo, con que en esta parte debe ser igual nuestro quebranto. Estad segura que de vuestros hijos y casa me constituyo padre, como lo experimentareis y con ella envío al hijo primogénito la merced de título y una encomienda en las órdenes militares».

En carta al Corregidor de Córdoba, le decía que el despacho no lo entregue, hasta que la viuda tuviese la noticia de su desgracia y que consuele mucho en su Real nombre a los hijos y mujer de tan gran héroe.

La viuda va a Madrid y en carta escrita por el propio Rey ordena a su confesor, el inquisidor general, que pasase a dar el pésame a la viuda de don Lope, que le hacía merced del título de conde y el goce de la plaza de Indias (Consejero), que tenía el padre a su hijo, y una encomienda de 2 000 ducados y que se le recibiese por menino de la Reina y a su hija le haría merced para quien se casase con ella.

El título de conde de Hornachuelos le fue expedido a don Alonso de Hoces y Córdoba, el 21 de Julio de 1640.

*Personalidad de Don Lope* Fué don Lope, según sus cartas y se conservan copiadas todas las que sostuvo cuando la formación de la escuadra en 1631; hombre ordenado y cumplidor de su deber, hasta el exceso. Llevaba cuentas detalladas del cargamento de los navíos. Las naves se cargaban en presencia de escribano que levantaba acta de las mercancías, que debían de ir bien enfardadas y con gran letra o señal. El maestre de la nave certificaba recibir la mercancía y que la cargaba debajo de la cubierta. Predomina en ellas lanas y pipas de vino, 141 pipas de vino fueron tasadas al llevarlas a Méjico en treinta y un ducados cada una, que allí valían 6 010 pesos. En tres navíos iban 600 pipas de vino; sabido es, que España prohibió el cultivo de la vid en sus colonias, y que era un comercio más activo con Indias.

Se conserva la relación de su vajilla y objetos de plata. Con él fue en sus viajes un pariente, Hoces y Cárcamo como gentil-hombres y pajes, cosa corriente en aquella época.

Amante de la familia, de las pocas cartas que he visto a su mujer, la encabeza: Señora mía y todo mi bien. Le dá cuenta que va a partir y que envíe luego a sacar a Nuestra Señora de los Remedios y pida el buen suceso de su viaje.

En 1618 y en 1631, don Lope está enfermo y consulta médicos en Madrid; conservamos el diagnóstico del Doctor Valenzuela de Alcántara, que informa que padece fluxión, reuma a las muelas, encías hinchadas e inflamadas, por lo cual se le ha quebrado y corrompido una muela y que las causas es que la cabeza cuando está caliente y húmeda enjendra mucha cantidad de excrementos pituitosos, pero lo que más redunde es sangre y cólera porque el hígado también lo enjendra con abundancia y lo distribuye por las venas y así participa la cabeza de estos humores. Que se sangre dos o tres veces en los brazos, y tome medicamentos para purgar y templar, de purga diez onzas de suero de leche de cabra, sacada según arte, con cuatro go-

tas de limón y medio puñado de flores de violeta y otro medio de flores de lengua de buey, con un poco de azúcar, que tomará por la mañana a las siete y la comida a las doce. Por la noche y los mismos días una cucharada de conserva de azúcar rosado y una nuez, sin agua, o solo un pequeño sorbo. Que tome sahumeros, recibiendo el humo por boca y narices. No tomará las comidas ni bebidas calientes, ni saladas, ni guisos con miel, pimienta y ajos, ni vino. Siempre tomará las cosas frías. En el estío berros, lechugas, borrajas, escarolas, melones, achicorias. La conserva de borrajas será de calabaza o raíces de lengua de buey, guindas o lechugas con azúcar rosado.

Receta.—Hojas de oliva un puñado quebrantado, rosas finas un puñado, de balaustas dos. Se cocerán en un cuartillo de agua y otro de vino hasta consumir la tercia parte.

El Dr. Juan de Hoces Heras Manrique, después de grandes digresiones con citas de Averroes, Hipócrates, Avicena y otros, diagnostica que don Lope lo que padece es un reuma, que es corrimiento a las almendras y a toda la región del paladar si bien se inclina más a esta parte, como lo demuestran la debilidad de muelas y dientes, corrimiento que es en dos maneras, la primera esencial de modo que se considere según el movimiento, la segunda que es una materia que va por el dicho movimiento, se divide o en veloz o en tardo, se llama reuma, que es el que padece don Lope. Considerando la causa un corrimiento por el peso de la materia, otro por el calor que la derrite y adelgaza, otro por el frío que la comprime y aprieta, esprimiendo lo más delgado de ella. Si se considera la causa caliente, interna, la doy al Sr. D. Lope como antecedente y también la doy como causa fría, la caliente en dos maneras e inmediata, es la sangre, que está en la causa y derrite las flemas que en ella se enjendra, por ser la dicha cabeza de naturaleza fría. Esto está claro con el ejemplo del yelo, que puesto al sol con su calor lo derrite, así que aunque lo derrite es materia fría, lo licuante es causa caliente y entiendo que es la causa inmediata y esencial, pero me parece que hay otra accidental y es de Galeno; en el segundo de diferencias de calenturas donde dice, que si el suero enjendrado en el hígado se mezcla con flemas se hace salada y así digo que el dicho don Lope tiene cantidad de este suero salado, como diré en las causas y se manifiesta por el sabor del dicho corrimiento y así puede causar aunque accidentalmente esta licuación de flemas en la cabeza, y cuando digo que la

cabeza es laguna de las flemas me entiendo de natural humor, llamado flema, *sino preter natural*, y esto es de Hipócrates, en lo de abre locis et acua, porque la flema natural se enjendra en el hígado.

Estos diagnósticos están escritos y firmados por los doctores, cosa no frecuente, y tienen un gran valor para la historia de la medicina.

El retrato original de don Lope, fue hecho en Madrid en vida, por un buen pintor, pero se quemó en un incendio en el Castillo de la Albaida, pero sus descendientes habían sacado copias. Muestra un hombre fuerte de 50 años, poco más o menos De nariz aguileña, mirada fuerte y fija, como hombre acostumbrado a mandar y a luchar, con grandes cejas, frente abombada y poblada, barba negra y en punta. Viste armadura y en la mano derecha lleva la bengala, bastón de mando de los generales de aquellos tiempos. En un ángulo el escudo de los Hoces. Está ennegrecido por el abuso en la composición de las pinturas de los compuestos de plomo que las oscurecen por efecto del oxígeno de la atmósfera.

### El señorío y condado de Hornachuelos

La enorme extensión del término y jurisdicción de Córdoba, formado cuando la conquista por San Fernando, empezó a disminuir en el mismo siglo XIII, pero la mayor pérdida fué en los siglos XVI y XVII. Felipe IV, autoriza a su Consejo de Hacienda para aumentar los ingresos de la Corona, a que se vendan 16.000 vasallos de cualquier villa o lugar del reino, pagando a razón de 16.000 maravedis por vasallo, o 64.000 ducados por legua de término que tuviere el pueblo, que se le señalase al vecindario. Tenía don Lope en la casa de los Fucares, los banqueros alemanes una fuerte cantidad y compra el lugar de Hornachuelos en 1637; en dicho año toma posesión del lugar, Torreblanca, caballero de Santiago, con el formalismo legal de la época, posesión civil y criminal alto y bajo, de mero y mixto imperio, de su jurisdicción, alcabalas, y alcaldia del castillo, penas de sangre y cámara, mostrencos, y todo lo que le pertenece desde las hojas del monte hasta la piedra del río y desde la piedra del río hasta la hoja del monte. El pago se estipuló en tres plazos de 12.000 ducados, equivalente a 400 500 maravedis. Horna-

chuelos tenía 250 vecinos y por cada vecino se le señaló media legua de término, a razón de 6.400 ducados.

Cuando murió don Lope debía 8 000 ducados a los herederos de Cristóbal y Marco Fúcar, que se apresuró a pagar a la familia. A la viuda en pago de su dote y arras se le adjudicó Hornachuelos, en la testamentaria que se terminó en 1647.

El Municipio cordobés protestó de la pérdida del lugar de Hornachuelos perteneciente a su jurisdicción, pero su reclamación no fue oída y lo mismo que las demás poblaciones, villas y lugares, que pierde en el reinado de Felipe IV.

Tal es la figura de don Lope de Hoces, excelsa como marino, héroe en su muerte, pues él sabía como Oquendo, la inferioridad de su flota, víctimas del deber y que juntos con Horna y tantos otros destacan en la decadencia de España en el reinado de Felipe IV. Honor y gloria a su memoria.

## Apéndice

### DOCUMENTO NÚM. 1

#### Pliegos de cargos para el juicio de residencia en 1635

En Sevilla en el mes de Marzo de 1635 por el licenciado Jerónimo Paz de Cuellar oidor más antiguo de la Real Audiencia de esta Casa de contratación, habiendo visto la información y pesquisa secreta y demás autos de la Residencia de que todo ello resulta contra D. Lope de Hoces Córdoba, caballero de Santiago, capitán general que fué de la flota que vino de la provincia de Nueva España, el año pasado de 634 se le hacen los siguientes cargos:

1.º Que quedaron en las Indias 209 personas de mar y tierra no obstante la prohibición, y que no puso el cuidado y diligencia para evitarlo; el general hizo información en Vera-Cruz en 1633, las hizo varias veces el contador de la armada.

2.º Que estando dispuesto que en ningún galeón ni nao de la armada se lleve ni traiga mercaderías, llevó más de cien fardos de

mercaderías, pipas y bocas de vino que se desembarcaron en Vera-Cruz por el capitán Miguel de Ercilla, de la capitana.

En dicha capitana estaba Esteban Turbulet, francés sin licencia y con mercaderías.

3.º Estando prohibido, el general llevó seis criados a su servicio en plaza de marineros y soldados, gozando sueldo y ración.

4.º Se le hace cargo que no debiendo pasar a las Indias negros ni esclavos sin licencia, el general consintió y llevó un esclavo negro y no volvió.

5.º Que estando mandado que antes de llegar a las Canarias los generales hagan visita a todas las naos para ver y reconocer la gente de mar y tierra, las mercaderías y los pasajeros, el general no hizo la visita.

6.º Que estando prohibido que se embarcasen y vinieran a estos reinos pasajeros, sin que primero por escritura se obligasen a no desembarcar hasta ser visitado en los puertos de San Lucar, Cádiz, y río de Sevilla, y que no sacarían oro ni plata, vinieron en las naos muchos pasajeros.

7.º Que estando mandado que cada 15 días se hiciese alarde y se apuntara, dando de baja en sueldo y ración a los que faltaren ante el veedor de la armada, apuntándolo en sus libros, lo había hecho muy de tarde en tarde, cada dos o tres meses.

8.º Que estando mandado que al llegar al puerto de Vera-Cruz se obligue a dar carena a las naos, descubriendo la quilla y recorriendo las costuras y haciendo reparaciones para que vinieran boyantes, solo se le dió a la llamada Santa Barbolan.

Se le pasó el traslado a don Lope para que en el término de diez días diga y alegue en su defensa lo que tuviere y convenga, en Sevilla 10 de Marzo de 1635.

## DOCUMENTO NÚM. 2

**Traslado de la Carta que en 1638 escribió Don Lope de Hozes y Córdoba, General de la Armada de el Océano a el Rei Nuestro Señor don Felipe Quarto dándole cuenta de la pérdida de los Nabios de su cargo a donde se quemó y traslado de la respuesta que el mismo Rei escribió a la Villa de el dicho Don Lope.**

Señor.

En cartas del 23, 25 y 28 del pasado y dos del presente di cuenta a V Magestad de la pérdida de los bajeles de mi cargo, y en otra

del 4 de la misma fecha, escribía el secretario Pedro Coloma en la misma sustancia y todas debajo del presupuesto de la segunda, que es decir que V Magestad gobierna su Real Monarquía por relacion de los ministros de fuera, que estos no dijeron lo cierto y deshicieron la fuerza grande y número de los bajeles que la Armada del enemigo trae, con lo que se dieron las órdenes sin la detención necesaria que avian menester los pocos navios y fuerzas que V Magestad tenía en la mar, a mi cargo, y debajo de este mismo presupuesto hablaré siempre.

En carta del 2 del presente me avisa el secretario Pedro Coloma que se avian recibido las mias del 23, 25 y 28 y que se me envían los despachos que binieron con esta, en el ynterim que llegaba repuesta de las mias no a benido, con que considero que no se deben de aver visto y como quiera que con la vista se trae a la memoria a V Magestad las muchas órdenes que me dieron y circuntancias que ubo en el caso y se dilata el que lo entiendan en el pueblo; hablan lo que no saben y como yo no he de decir que mi salida y lo demás que dispuse fue con órdenes, discurre cada uno como le obliga su humor, parte que nadie en este mundo ha sido poderoso a escusarce de esta censura y por lo dicho me es forzoso volver a representar lo siguiente.

Bien sabe V M. las muchas órdenes que tube para salir de Santña, como si yo tuviere la culpa en la detención y no ejecutase el apresto más de lo posible, se me decían escosores y apuntaban amenazas, en tal modo que muchas beces pasé a considerar que era mejor perderme saliendo, que salbarme quedándome, y asi mismo como consta V Magestad que en algunas de las órdenes se me mandaba que con uno o con dos o menos, o más bajeles me hiciese luego a bela. A que respondí, representando que si salía como estaba aunque fuese arreglándome a lo que se mandaba justísimamente, me podía V Magestad cortar la cabeza; y en otra ocasión espresé que saliendo mal, era yr a dar la victoria al enemigo; y últimamente con correo que despaché en 1 del pasado, también yze patente a V Magestad que la Armada de Francia, tenía 52 velas y embie carta del Almirante que me embió en esta conformidad, como también la declaración que yzo el capitán Francisco de Escorça que por su orden y de los demás ministros de guerra de Guipúzcoa, la reconosió como ella dize y con ella embié carta de don Luís Chacón, en que asegura que los bajeles que estaban en San Sebastián no los podía tripular

de marineros porque no los avia. Yce relación a V M. de la forma en que estaban los doce que tenía en Santoña, como todo más largo consta de las cartas y papeles mencionados y con la moderación a que me obligaba el venir yo a la jornada. Suplique a V Magestad mandase ver si era posible entrar por la mar con esta fuerza el socorro en Fuente-Rabía, teniendo el enemigo lo que tenía y las prevenciones que consta de la dicha relación del dicho capitán y aviendo visto estas cartas en repuesta de este correo, me mandó V Magestad salir. Salí a el puerto de Guetaria que es el que V Magestad señala en uno de sus despachos a donde avia avisado el almirante que llegaría, y que me tubiese las personas particulares y gente vieja que me avian de dar en conformidad de lo prebenido por V Magestad. Llegué pues por la mañana aquel día, y aviendo tenido tres leguas antes un aviso del Almirante, con el capitán Sebastián de Chabarría en que me envió relación de 58 bajeles, que se avian bisto y reconocido y yo las estaba ya mirando, y la relación original que el almirante me envió llegó a mis manos, la dirigía V Magestad y asta la noche no supe que, el enemigo avía dejado el Pasaje, que me avisó don Luis Chacón a tiempo que el viento era calma y que el enemigo estaba ya con su armada sobre mí.

En las costas de Guipúzcoa no ay más puerto bueno y seguro que el de Pasaje y a falta de él, menos malo el de Guetaria, porque San Sebastián no tiene fondo dentro, para los navíos que yo llevaba y era forzoso quedar fuera o en puerto desconocido al mayor riesgo del mar y del enemigo es conocido menos. Escogióse en este peligro el menor y en donde avia esperanza de salbarnos, y así mismo sabe V M. porque lo he avisado que me entraron con 33 bajeles en la boca de la Concha y los demás de su Armada a la bista y que retiré los de mi cargo y los metí en tierra, lo que se pudo. Precediendo primero junta y acuerdo, con todos los generales y almirantes y personas particulares que firmaron el acuerdo y si alguno no lo firmó, botó lo mismo, y con la vista del suceso, dijo después, contra lo que botó en la Junta, avista de todos los que se hallaban en ella, queriendo por camino no oydo ni bisto curarse de otros descalabros suyos. Lo sierto es, señor, que no avia recurso a mejor medio que el que se tomó y si muchas veces sucediese el caso, aún a vista de lo acaecido era forzoso seguir el mismo, porque si se tomase otra resolución se perdieran los bajeles con nota y descrédito de las Armas de V M. y de la Nación, apoyada la fuerza de la mar con la de la tierra y dis-

posición que se dió, se pudo defender de Armada tan poderosa y de otra manera era imposible.

Dí quenta a V Magestad del indicado sitio que el enemigo me tenía puesto, en carta de 20 y V M. se sirvió de responderme en otra de 24, hablando lo que sigue: «Ha parecido bien la prevención de poner los bajeles mas fuertes a la entrada del Puerto y la Artillería en tierra para en caso de que quiera el enemigo yntentar sobre bos alguna facción» Según lo referido, que es lo que a pasado, e obrado en todo con órdenes y aprobación de V M. Los sucesos nadie los puede asegurar, mayormente quando las fuerzas son tan desiguales ¿qué entendimiento humano puede esperarlos buenos? Saliendo 12 bajeles que eran los que yo tenía de la calidad que se sabe, mal prevenidos, por la desprebenzión y poco tiempo y peor tripulados con bisoños, la mayor parte de los marineros y el todo de la infantería miserable gente, presos en Galicia por los obispos y frailes Pastores que guardaban ganado transformados de golpe y enbiados a pelear y aún desta gente faltaban más de 550 plazas para la tripulación que les tocaba, como consta de la zertificación que e remitido a V M de los que bienen sirviendo los ofizios y que los bajeles referidos fuesen a buscar costa en donde estaban 60 en tan poca distancia como la que ay desde el cabo de Higuer a Guetaria, mirándose los unos a los otros, tan prevenidos armados y reforzados como se a visto ¿Quien estando bien informado podía esperar diferente suceso? La armada enemiga consta de la mayor fuerza que Francia a puesto en la mar, desde que la gobiernan sus Reyes, así lo dicen los capitanes que están prisioneros en Fuente-Rabia, con tantas circunstancias de sus prevenziones, quanto será bien saberlo, por lo de adelante y por que los que biven en el mundo ynventan condiziones, me obligan a traer a la memoria lo que tanto se save, y es lo siguiente:

¿Que general de quantos V M tiene de bajeles redondos a peleado tantas veces como yo, y con mejores sucesos tan importantes? El año 625, me mandó vuestra Magestad que llebase la segunda flota a la Nueva España, que a la buelta me bino a esperar Balduino en Rico, que no habiendo podido socorrer la Bahía quando la restauró don Fadrique de Toledo, bino a buscar la flota sobre el canal de Bahama el general Petri Petro, con catorce bajeles, arrivó sobre la Armada de la Guardia, biniendo yo con ella y solo con mi capitana esperé y me atrevesé y él biendome con aquella resolución se paró a una legua de donde estaba, sin querer arribar más a pelear y dijo

que era la capitana de don Fadrique, que no podía ser otra, quien le esperaba en aquella forma, con que se fue y no buscó más los navíos de la flota, a donde hubiera causado el daño que otras armadas an echo de menos fuerza y número. A principio del año 631 me mandó V M que fuese a gobernar el mar océano en donde es notorio lo que trabaje disponiendo todo lo que vuestra M me mandó.

En el 633 me encargó V. M. la restauración que el Olandes. tenia en la isla de San Martín, que se restauró y salí del sitio con dos heridas tan grandes, como se save, que de una de ellas e quedado manco de un brazo y en llegando de vuelta desta jornada, sin dejarme parar ocho días en Madrid, me mandó V. M a socorrer el Brasil con solo 6 navíos, de la Armada y con ellos convoyé el socorro que fui a buscar el enemigo en su misma casa en Pernambuco, con intención de quemarles los navíos que estaban en la Plaza y arribé tras ellos, hasta que me faltó el fondo y huyendo largando los cables por la mano, se metieron debajo de sus fortificaciones, y visto que por lo dicho no podía conseguir lo que intenté pese a echar el socorro y a vista de la Armada del enemigo de once bajeles, con que salió tras mí y de la gente que tenía en tierra y de su general y de la mar y caballería y coronel le eché el socorro en 10 días, muy despacio, con solo 5 navíos, porque el uno de los 6, se me avía desgastado, no atrebiendose el enemigo a embestirme considerando que debía traer más fuerzas, pues le fui a buscar a su casa y esto fué a los últimos del mes de Noviembre del año de 35 aviendose asentado con su jente Matías de Albuquerque que si en todo aquel mesmo venía el socorro de España, se fuesen a sus casas y desamparasen el campo de forma que en quatro días de diferencia de lo uno a lo otro llegue y socorri, aquel estado tan importante, por si y por la vesindad de las Indias que con aquel socorro se conserva en la obediencia de V. M. por que no a otro considerable. De buelta de esta jornada peleé con solo dos bajeles y un patache que me estorbaba, con ocho urcas tan grandes y reforzadas del enemigo combatiendo dos días de sol a sol y se retiró tan mal tratado que le obligó a retirarse a su puerto, con que paso la flota de la azucar a Portugal sin ningun riesgo.

A poco de aver venido desta jornada me mandó V M que fuese con 11 bajeles a las costas de Francia y entre en la isla de San Martín de Rhe y en su puerto y debajo de las murallas de aquella ciudad le saqué al enemigo 24 bajeles que quemé y eché a pique y truje y se le embarrancaron los demás y esto como se hizo a balazos sin ardi-

des ni instrumentos de fuego, a mano lenta. En 13 días volví a La Coruña, con 12 que truje, de donde resultó el consuelo de la pérdida de la Locata. Y sin cezar me mandó V M en lo regurozo del Inbierno fuese a socorrer los estados de Flandes que estaban en el paraje y cuidado que V M sabe, que avian tenido en el año pasado de 637 los sucesos que son notorios. Con la gente y dinero que llevé resucitaron y an tenido en este las buenas fortunas que se sabe y de buelta de esta jornada, se tomaron 33 piezas al enemigo y entre ellas tres de levante, tan ricas que an, resucitado a la Armada de aquellos estados y crecido tanto como se avisa, y bolbí a La Coruña con estos buenos sucesos, sin haver perdido nada como en las pasadas, trayendo siete de los franceses y truje los dos tercios de irlandeses, con que a ocho días de aver entrado el enemigo en esta probinzia de Guipuzcoa la socorrí con ellos, y llegué a tiempo que estaban sus vezinos tan atemorizados como se sabe y esperando todos la perdida y con la benida de aquellas gentes se alentaron y con la que metieron de ella en Fuente-Rabía se a conservado la Plaza, y defendido hasta que juntando V M mayor fuerza la pudo socorrer.

¿Qual jornadas de las que dejo referidas teniendo las dificultades que son notorias, e reusado? Siendo asi que el conde-duque deseando mucho socorrer a Flandes, como a todos los demás de la Monarquía de V M no me dijo derechamente lo de aquella jornada, y aviendo yo ofrezido que no iría en ella, si embarazara en aceptar; sabiendo que estaban espiano el socorro 39 vajeles gruesos del enemigo en el canal y últimamente vine a esta, presente con 12 de los de la calidad dicha a buscar esta costa donde el enemigo tenía 60. de porte y fuerza que se ha bisto y saviendo yo desconocido que venía a perderme y no siendo dificultoso de entender. ¿Qué ministro de V M el más zeloso, el más bigilante en su mayor servicio, se escapa de censuras en los malos sucesos como si tubiera el poder de Dios para asegurarlos todos buenos y en estos quedo procurando hazer la gloria de ellos a los sentidos que les dan, pues si esto se hace con el que ha menester, que mucho que algunos del mundo con sus intenziones digan del que no le han menester para nada y esta materia por la mayor parte alarga el que come en su mesa y duerme en su cama y no se abistó en otros sucesos buenos ni malos. Yo me perdí con las sircunstancias que se ha dicho, podriase preguntar el que lo censura quando no me hubiera perdido como refiero, si soy el primer general a quien a sucedido, quanto Emperadores, Reyes y

Príncipes se han perdido, yo lo fuí peleando desde las 9 de la mañana hasta las 4 de la tarde que se acabaron de quemar los Baxeles, sin que quedase que hazer nada que toque al valor, ni por prevenir lo que se pudo para escusar la quema y sucedió con tanto daño del enemigo como lo dizen sus capitanes prisioneros, que en aquella ocasión se hallaron en los 33 bajeles con que vino el arzobispo de Burdeos, dizen estos que se les mató y hirió mucha gente y que en solo un bajel de los que más se arrimaron se le metieran tantas balas que no digo el número, porque era yo el General y los bajeles los disparaban, que de los unos a los otros andaban tan espesas como si fueran de mosquetes, y viendo a mi capitana acobardada porque la avian cortado las amarras a balazos y perdida ya sobre las peñas, como también lo estaba otro bajel borteados ambos con la muralla de la plata, forma del muelle, que servían de puente para pasar a ella y que el enemigo venía cargando con sus bajeles de fuego y lanchas y los demás disparando, y que toda la gente se me iba sin poderla detener a cuchilladas y a estocadas y que las 4 piezas de la planta baja, en la retirada, una disparándole se cayó al mar, y otra se descabalgó y a las dos que quedaban les faltaba pólvora y que el enemigo entrando en la capitana avía de sacar de ella lo que pudiese, y desde allí ver la huida que lleuaban los de la tierra, de donde avian sacado sus ropas, que los escapados de la Armada iban con la misma fuga, sin que las personas particulares que estaban en tierra los pudieran detener, considerando lo dicho y el descrédito que avía de causar una pilástica de la capitana que estaba ya perdida y que desde ella avía de saltar a tomar la tierra, la mandé pegar fuego y en esto perdí más de 9.500 ducados, que para mi caudal no es poco, y sali de camisa medio ahogado; lo uno y lo otro lo hize por escusar la pérdida de la mayor reputación al Estandarte y las Armas.

La obligación que tienen los Generales viéndose perdidos es quitarle al enemigo lo que se pudiese de la gloria del vencimiento, los exemplares contrarios nos lo dizen, si el desdichado Don Juan de Benavides, huviera quemado sus bajeles, ya se ve quanto menor fuera su desdicha, no le faltó valor, ni se perdió por poco espíritu, que su sangre siempre se lo daba, y no es necesario irnos a exemplares lejos; como se perdió el Principe Condé sobre Fuente Rabía, no dexando nada por perder; perdió las vanderas, perdió la artillería, perdió los bajeles sin quemarlos, perdió los baules y caxa del oro y plata de su Rey, con que avía de dar las pagas a su gente sin mandar

que las hicieran pedazos y entregarlos a saco para que se los llevarsen, huyendo como iban; perdió su recámara y plata con que oy andan y con sus alajas y vestidos, y comiendo en ella los soldados de V M que traen los de la sangre de Francia; perdió sus mismos cavallos y se embarcó en fuga arrebatada en una lancha clamando que hiziessen frente sus derrotadas tropas mientras el se salvaba a lo menos. Desdicha grande de su Rey, Reyno y nación y de su mismo honor, mejor es, Señor, que yo aya quemado mi plata que no dexarla por triunfo a los franceses; ellos no traen mis vestidos que son españoles y de vasallo de V M y su Capitán General.

Fenezco, Señor, en mi representación con acordar a V M que el Emperador nuestro Señor Carlos Quinto, luz y sol de Monarcas, de soldados valientes, quando se perdió en la jornada de Argel, le dixo un gran cortesano: Señor, los que no se exponen a nada, nada les sucede.

A mi me ha encargado V M las jornadas que se sabe, alcanzándose las unas a las otras sin descanso, para prevenirlas, de que e dado buena cuenta que es notorio Dios hizo aquello y permitió esotro, que es el dueño de todo. Su misericordia guarde la Católica Real persona de V. M. quanto nos importa y la Cristiandad ha menester. Tolosa y Septiembre 14 de 1638.

*Don Lope de Hoces y Córdoba.*

### DOCUMENTO NÚM. 3

#### **Orden a la escuadra surta en Lisboa en la salida para América**

Con el favor de Dios en la presente jornada en Lisboa a 8 Agosto de 1635, ordeno lo siguiente para el gobierno de la flota.

Que los soldados y marineros confiesen y comulguen, que ninguno sea osado de decir blasfemias, juramentos y escándalos, el embarcar mujer de mal vivir, en cuyo castigo se usará del mayor rigor.

Los capitanes de infantería han de tener entendido que el capitán de la mar es el que ha de gobernar sin aviso, que será el único que mandará castigar a los marineros.

Los capitanes y cabos de infantería an de gobernar a sus soldados, meter la guardia de noche y de día para que no pierdan de vista

la barrera o farol y de señalar quienes han pescar. Desde que salgan del Puerto hasta que entren en Puerto han de poner guarda en el tope mayor de cada navío, todo el día, que sea hombre de buena vista y cuidadoso y que cada uno sepa las horas que le toca.

El navío que descubriera velas, disparará y con las velas de gabias hará guindos (guiños) cuantas veces sea necesario. Si de noche descubrieren algunas velas, que no sean del convoy, dispararán, encendiendo el farol.

Si algún navío por descuido, o por ser menos velero, ha de procurar hacer fuerza hasta ir con los demás, pues muchas veces, es por descuido, flojedad, conviene advertirlo.

Los navíos que no alcancen a la Real, aunque ella aferre velas, ellos no las han de aferrar.

Cuando la Real, de noche, tire una pieza y ponga dos faroles, hagan lo mismo poniendo un farol hasta que se hallan mareados las velas y puestos en la derrota de la Real.

Puesta la Real de través, disparará una pieza y encenderá un farol en la gavia mayor, respondiendo los demás navíos cada uno con el suyo, hasta que tomen todas las velas.

Si perdieren de noche de vista la Real en alguna hora o con mal tiempo u oscuridad encenderan todos farol para que se vean unos a otros y sigan la misma derrota.

Cuando la Real encendiese farol en la gavia y no dispara pieza que será en algunas noches oscuras o tormentosas, responderan todos los navíos. Todo el tiempo que la Real lo tuviere en la gavia los tendran encendidos y seguiran la derrota que lleven sino les disparase pieza a rendir borda.

Encendiendo la Real tres faroles cada uno encenderá el suyo.

Si la Real quisiere dar fondo de noche en alguna bahía o puerto, pondrá farol en la gavia del trinquete y cuando vieren esta señal todos pondrá señal en la gavia del trinquete y cuando vieren esta señal todos los demás navíos iran cerca de la Real, donde no puedan embarazar la entrada de los otros y ningun capitán consienta ir ninguna chalupa a tierra.

Si algun navío rompiera palo o berga, o desapareciese o tuviere otra necesidad forzosa de noche tras una presa pondrá un farol en la popa y otro en la proa para que se entienda que está desaparejado y el que más cerca estuviere le vaya a socorrer y si la necesidad

fuera mucha, tirará dos piezas las mayores que tuviere y siendo de día tire una y amainará todas las velas.

Si la Real encendiere un farol decorrer sobre el farol ordinario yendo de noche a la vela será señal de que larga más velas, para que los navíos lo entiendan y hagan lo mismo sin perder tiempo juntamente con la Real y no se queden atrás.

Poniendo un gallardete o bandera sobre uno de los peñoles de la mayor, todos los navíos se pasaran de la banda donde estubiere el gallardete y de noche si se pusiere una linterna, lo mismo que la bandera de día.

Poniendo bandera pequeña, junto a los faroles será señal para que todos los pataches y navíos ligeros vengan a hablar a la Real.

Poniendo una bandera en la mesana o en la garcia de ella, será señal para que el almirante y maestros de campo, vengan a consejo y los demás que yo hubiere permitido que entren y si pusiese en la gavia mayor será señal para que vengan a la Real todos los capitanes y de infantería.

Alcanzando algún navío, aunque reconozca ser de amigos, no se alargará hasta que venga hablar a la Real, sin hacerle ningún daño sino sacarle el maestre y meterle en su navío con los recaudos y papeles que tuviese.

Ningún navío de noche ni de día pasará delante de la Real ni se ponga a barlovento, de élla sino tuviere la orden expresa para ello en caso de necesidad.

El capitán y Piloto tendrán particular cuidado de hablar cada día a la Real y tomar el nombre viniendo en orden y dándose lugar los unos a los otros sin embarazar y sino pudieren tomar el nombre, por alguna ocasión o tiempo, guardarán el que se le hubiera dado por escrito.

Si algún galeón o navío haciendo día se barboare con otro de manera que alguno de los dos reciba daño, el piloto culpado pague el daño, demás de que será puesto en prisiones y castigado conforme mereciere.

Ningún navío sea de empezar a dar caza, mientras viniere de nuestro bordo, pues cuanto más viniere acercando será mejor, pero en virando entonces será tiempo de ir sobre el. Adviértese a los capitanes y pilotos como cosa necesarta e importante que no se derroten y aparten de la Real, pena de traidores, que desde luego condeno al que se derrotare. Y como tales serán castigados en persona y bie-

nes, sin admitir disculpa ninguna y si el capitán de ir tan cerca que hubiere en el navío diere ocasión que se derrote u otras personas alguna incurra en la misma pena.

Además de todo lo dicho han obligado las ocasiones que por nuestros pecados sean ofresido a que se advierta y declare que en las que se ofrecieren con enemigos no sean de escusar el capitán de infantería ni el de mar, con las remisiones el uno del otro si alguno las tubiere, por quien dejando de aser el efeto que convienen y están obligados, serán ambos castigados con igual rigor, pues nunca sea de creer que si ubiere floxedad o falta de ánimo, no lo pudo remediar el capitán de infantería teniendo la mayor fuerza para usar de las diligencias que más convenga al servicio de S M.

En caso que por tormenta u otro acaesimiento algunos navíos se apartasen de la Real, encontrándose con la almiranta, la han de seguir y obedecer de la misma manera que a la Real. A de la almiranta el galeón en que va enmarcado y si se encontrasen algunos de los dichos navíos donde no se allare la dicha Real y almiranta y los demás referidos, se a de entender que hallándose entre ellos Galeón de S M le han de seguir y no le aviendo al navío donde fuere envarcado el capitán más antiguo, y esta misma orden corra entre los galeones de S M si se encontrasen más de uno.

En cada quarto el cabo de la guardia a de ir con el galafate a visitar las bombas.

Han de tener mucha quenta con los cunchos, morteretes, tachuelos y bombas que estén en parte guardadas y guarnidas y desde luego dos guarnimientos para cada bomba.

Tendrán particular cuidado los oficiales de infantería con que al poner el sol se an de apagar los fogones y no han de quedar en todo el navío más lumbré encendida que la de la vitacora y bandera sin que en esto se eseda por ningún respeto sino fuere en caso de tormenta o de enemigos u de otro peligro semejante o presisa necesidad y las veces que conviniere bajar con lumbré debajo de la escotilla, ora sea de noche o de día a de yr un soldado reposta con la persona que la llevare con sabiduría de los oficiales de la compañía que fuere de guardia.

E bisto mucho descuido en cubrir las luses ordinarias que se llevaban encendidas navegando de noche, esto en navíos de guerra es mal parecido y tiene ynconvenientes. Y así conviene que aya mu-

cho cuidado en que no se eche deber ninguna nave fuera de los fanales donde se encendieren.

En poniéndose en la Real el estandarte Real en la cuadra o una famula en la berga de gavia de la banda de estribor y tirando dos presas, será señal de batalla, para que todos los navíos se pongan con ella, sin embarazarse unos a otros, advirtiendo que cada navío a de abordar con el que viere más cerca aunque sea la capitana del enemigo y si uno se abordare con la capitana el otro que estubiere más cerca se aborde también con ella por que ningún navío del enemigo se puede escapar por averse dejado pasar y lo mismo se hará con la almiranta del enemigo.

Y quando se pusiere en la Real una famula en la pena de la mesana se ara señal para que ninguno aborde a la capitana y al almirante del enemigo zino fuera esta Real usual almirante.

Porque el enemigo se supone aguarda a batalla a de tener mas numero de navios que nosotros y assi sera ynconviniente si mas que un navio de los nuestros se embarcase con algunos de los suyos, tendran por orden de no abordar dos a uno sino que cada uno aborde al suyo, procurando embarazar los mayores con los que tanvien lo sean de los nuestros y que cada navio bayan señalados treynta soldados y dosse marineros de los demas satisfassion para que solo estos salten en el del enemigo y no mas numero, asi por la confusión que de ello puede resultar, porque otros bajeles cargasen sobre el nuestro y lagente del mismo a quien se abordase quisiese por otra parte meterse en ello allen con la defensas y guardia necesaria y que no se abenturen de una vez todo el resto, pues siempre queda lugar para ir socorriendo con más gente si la necesidad lo pidiere y se permitiere la disposición en que nos hallamos.

De la gente que como está dicho ha de saltar en el navío del enemigo an de llevar los veinte soldados arcabuces por ser más manejables que los mosquetes, los otros diez, los quatro con espadas y rodelas si las ubiere y los seis picas y medias picas en lugar de las rodelas, sino las ay los dose marineros an de llevar sus espadas y con algunas rodelas o medias picas y los seis dellos hachas terciadas grandes para cortar la jarcia y resaparexar el navío, esto en caso de que sean tantos que convengan dejen barajarnos de unos para acudir a otros, dejando los desaparejados para que no puedan en aquel medio huir.

Conforme al número de los soldados y marineros que ubiere en

cada navío se repartirá entre los capitanes de mar y guerra los puestos como queda dicho, advirtiendo que se a de reservar una tercia parte a la infantería teniendo debaxo de cubierta hasta que sea necesario rehacerlo de arriba asi los que pelean con ellos estan cansados, como porque ayan faltado algunos, de esta manera se conservan mejor y aya gente de refresco para acudir si apretare la necesidad.

Por que en la mar consiste el punto principal en ganar el barlovento al enemigo que es lo que se a de entender haciendo las mayores diligencias posibles, no se podrá dar la forma particular para lo que sea detener en la batalla más de que si el enemigo huyere, le siga y alcance el que primero pudiese a el en tanto la Real no se atravesare o mudare de ruta tirando piesa de recoger, pero si el enemigo hiciere rostro ha de yr siguiendo la Real sin pasarle adelante ni ponerse a su barlovento guardando los lugares, respeto y correspondencia que se debe a la almiranta mas ba referidos.

Por esperiencia se a visto que escaramuzando desde fuera con el artillería nos tiene el enemigo la mesma bentaja, que nosotros le tenemos llegando a las manos con él, y así sea de procurar no dar las cargas asta que se esté tan cerca, que con la mosquetería se le alcance a hacerle daño y en dando la primera carga, se puede abordar sin aguardar a la segunda y esto completan precisamente.

Para la guarda de la pólvora se pondrán las personas de más satisfacció para que con las prevenciones y recatos que conviene se vayan dando medidas en sus guardas cartuchos, tiniendo quenta con los números dellos, para que sean los que se pidieren y quando se ayan de reenchir los frascos, esté una posta en la escotilla, para que no baje con ellos ninguno de los que están escaramuzeando, sino que la misma posta tome dellos y los de la pólvora.

Con el artillería demás de los condestables y artilleros, sean de repartir personas particulares, para que asistan al cuydado y manejo della a los quales hordenó que todos los catres y demás cosas que tienen envaraso a la artillería lo sajen, y siendo necesario lo echen a la mar sin reservar a nadie.

El tal puesto donde sea de partir la dicha pólvora, no sea en parte que por la escotilla se puede caer alguna centella, ni aya bota fuego de la artillería, por ser este el mayor peligro y a que más se debe atender.

Por los desordenes que se han visto, conviene que después de aver-

se repartido los puestos, asi de sobrecubierta como debajo y señalada la gente que a de estar en ellos y saltaren a los navíos de los enemigos, se pongan postas en las escotillas para que con mucho no dejen subir ni bajar a nadie, sino fuere a los oficiales que llevaren ordenes u el que tubieres licencia para ello.

Que aya en los navíos, francos duplicados, para que mientras se gasta la polvora de los unos peleando, esten los otros llenos con que haya remudando por que no se pierda tiempo.

En cada navío se an de llevar dos otros pipas de aceno, para echar por las cubiertas el día de la pelea, para que no pegue fuego, la pólvora que se derrama, ni los fuegos que el enemigo pueda echar.

Quando se quiera ir abordar navío del enemigo, o dar alguno de los nuestros se han de mojar los costados de la nao, para que resista umedad el fuego, que los enemigos quisieren pegar.

Por los daños que suelen aser con las bombas de fuego y otros istrumentos, tendran sobrecubierta y debajo della, algunas medias pipas llenas de agua, y muchos capotes, pedazos de vallas viejas metidas en las dichas pipas para acudir con ellos apagar el fuego y cantidad de baldes para el mismo efeto.

Los galafates, carpinteros tengan prebenidos tarugos de palos y planchas de plomo, tablas de pino y estopada para tapar los balazos que se dieren y el galafate tenga su baldo prevenido, para que si fuese necesario bajar a tomar alguno debajo de la agua.

El tener ansi mismo prevenidos estos, peroles martillos y achas para lo que se ofreciere.

El condestable de la artillería tendrá reconocidas y apartadas las balas que cada piesa a menester, en puesto que se allen muy a la mano y echar cantidad de cartuchos, tacos y lanternas, dados, puntas de diamantes y de cadenas, espeques y los demás pertrechos necesarios para la dicha artillería y repartidos los artilleros y las piasas que sirbieren.

Los cabos de escuadra tengan cuydado de cobrar del maestre, una dosena de balas para cada soldado, ansi de mosquete, como de arcabuses los cuales se le entregarán y arán que las ajusten a los mosquetes y pongan en sus bolsas para el día de la ocasión, porque conviene quemar cantidades, ajustar las dichas balas, el dicho maestre le dará por quenta dos o tres barriles a los cabos de escuadra, para que hagan que los soldados las limpien y ajusten a sus arcabuzes y

mosquetes y echo las vuelvan a entregar por la misma cuenta a los maestros

Tendrán cuydado de entregar el arpeo de aserrar a persona quedé buena cuenta, del que tanvien se podrán a las entenas repartiéndose marineros diferentes a cada gavia, para que desde allí acudan a las necesidades y lo mesmo hagan en señalar hombres de mucho recato para el gobierno del timón.

El navío del enemigo que sin pelear se rindiese al capitán del navío se trujere algún capitán reformado de mar, le meta dentro con cinco o seis marineros y no entren más que los que el señalare y si entraren los prendan y metan en el cepo. El capitán de infantería meterá un alferéz reformado con otros tantos soldados, advirtiendo a los unos y a los otros que no toquen a las mercancías si la ubiere ni saquen los bastimentos, sino que el alferéz ponga una posta al pañol del bastimento y otro a la escotilla donde está la mercancía y los bastimentos que gastaren sean con cuenta y razón y sin desperdiciarlos por que a de dar cuenta de lo uno y lo otro al alferéz.

El capitán del navío que olvidado de su honra y de la reputación de su Magestad dejare de embestir y pelear en la ocasión, desde luego le condeno a cortar la cabeza. sin aver lugar ninguno a reapelación.

Lo demás que no puede ir aquí advertido se remite a su buena decision y valor y que tengan particular cuydado de seguir de día y de noche el estandarte y farol de la Real, de manera que en qualquier tiempo o suceso nos allemos puestos, teniendo a la amistad y correspondencia los unos a los otros, que parezcan hermanos sin embarzarse ni al tiempo de pelear y de venir a tomar el nombre dandose en esto lugar el que mejor pudiere al otro

Todo lo aquí contenido cumplan y guarden sopena de las desgracias de su magestad y otras penas a mi arbitrio reservadas, demás de las espresadas en esta horden e istrución.

Con estas sedá un papel cerrado que se a de abrir veinte leguas del puerto a la mar, en donde entre otras cosas del servicio de S M que se dicen en el, es una la forma que sea de tener en la sucesión del gobierno desta armada en donde se verá con más particularidad que va lo que se adestar y si por caso forzoso se derrotare de la Real algum bajel, antes de las beinte leguas, lo a de abrir el capitán o persona que lo gobierna, para guardar y cumplir lo que en el se ordena. Fecha en la Real surta en este puerto de Lisboa a 18 de Agosto de 1635.

*Don Lope de Hoces y Córdoba.*

## DOCUMENTO NÚM. 4

**Carta a Felipe IV a su regreso de América en 1636**

Señor:

En el tiempo que estuve en la baía de Todos los Santos, del estado de el Brasil, se despacharon tres avisos, que el primero salió a beinte y siete días de diciembre del año pasado de seiscientos y treinta y cinco, segundo a catorce de Enero de seiscientos treinta y seis. De este supe que llegó en Cumana, que llegó a Lisboa a los veinte y siete de Marzo, con V. Mgtad. abrá sabido de mismo caítas en que dí cuenta, el suceso que fué Dios servido de dar al socorro que V. Magestad me mandó que entrase en aquellas costas y todo lo demás sucedido en el discurso del viaje asta llegar a la Baía, de donde salí a catorce de Febrero, con la capitana y almiranta, y patache de la corona de Castilla para ir a Cumana, cumpliendo la horden de V. Mgtad. en que se sirbió de mandármelo, quedose la armada de Portugal en la Baía, como V. Mgtad. lo abrá entendido por los despachos de el aviso citado, que llegó a Lisboa y a los diez y ocho de Febrero, a medio día, se descubrió de esta capitana la armada de Olanda su capitana y almiranta y otras seis hurcas, que por todas eran ocho, esperela y pelee con ellas dos días de sol a sol, que fueron en los diez y nueve y veinte y su divina magestad se sirbió que no llevase el enemigo lo mejor como le avisé a V. Mgtad. y dí cuenta con el tercer aviso que partió a los ocho de Marzo, de la Baía, a donde volví a arribar, aparejar los tres bajeles del destrozo que sacaron de la vatalla, y después de aver partido el aviso, que pasó por la costa, la buelta Pernambuco y la capitana y otras dos Hurcas de las ocho, desarboladas y lléndose a pique con agua estuvieron aparejándose sobre la torre de García Alvarez tres días con cantidad de jente que les faltaba, muerta en todas ocho, y luego fueron siguiendo su derrota.

Bolví a salir a los veinte y seis de Marzo de la Baía, con los dichos tres bajeles, capitana, almiranta y patache, aviéndolos aparejado lo mejor que se pudo para ir Cumana a donde llegué a nueve de Mayo, con tanto trabajo y falta de todo, que por averse pasado no lo represento a V. Mgtad en ésta. Creí allar en aquel puerto las doce bajeles que fueron al canal de Inglaterra, de esta armada, y las diez hurcas con todas las demás prebenciones para la jornada de Cura-

cao que contiene la instrucción y relación que V. Mgtad. se sirvió de mandar que se me entregasen en unos pliegos cerrados que en Lisboa recibí, no allé nada de esto y de los quinientos infantes que la instrucción dice que V. Mgtad. avía mandado que se juntasen en Cumana de las gobernaciones de Puerto-Rico, Santo Domingo, Margarita y otras. Considerados todos los que avía, ynclusos los que el gobernador de Venezuela me avisó tenía en Caracas, no eran doscientos y sinquenta, la mayor parte de éstos, vecinos de los lugares dichos, que no iban de buena gana a la jornada, como entendí de los que ofreció el gobernador de la Margarita.

Allé un pliego de V. Mgtad. en Cumana con despachos para mí, su fecha en diez y seis de Octubre del año pasado de seicientos y treinta y cinco en que se sirbió V. Mgtad. de avisarme, la resolución que se abía servido de tomar en razón de los galeones de la plata y demás Urcas, y otras prevenciones para la dicha jornada, que avían de ir a buscarme a aquel puerto; estando esperando lo referido y sintiendo el tiempo que se perdía, llegó a veynte y cinco de Mayo, con cuatro urcas y cuatro tartanas el gobernador Sancho de Hurdanibra, aviéndose perdido en la isla de matalino la en que él iba que era la mejor, salió la jente, y perdióse todo lo demás que llebaba, es la pérdida considerable por que se perdieron en ella los dos medios cañones de abeinte y cuatro libras de bala que llevaban del tren de la artillería y sus cabalgamentos y otros de respeto y mucha parte de la pólvora, que todo lo que iba en la hurca del tren y vastimentos y pertrechos parece por las relaciones que uan con esta y visto que la pérdida de la artillería era tan grande que además de los dos medios cañones dichos se perdieron de el armamento de la hurca veinte y cuatro piezas, todas de bronce, y considerando que los franceses que están avencidados y fortificados en la isla donde se perdieron la avian de sacar y que la vieron los yndios que se lo dirían, dije luego a los gobernadores de Cumana y la Margarita que diezen dos barcos grandes, y éstos y una tartana de las cuatro, la mejor, se despacharon con gente y todo lo necesario para sacar la artillería, al paraje donde se perdió, este despacho se hizo en sabiendo la pérdida con toda presteza, no sé el suceso que abrá tenido, si el enemigo las a sacado, a de dar cuidado, con veinte y seis piezas de artillería de bronce; el cabo que fué y todos los demás yban entendidos de la ymportancia del negocio, Dios por quien es, ayude a la restauración de aquella artillería, que avisaran a V. Mgtad. los gobernadores, lue-

go que buelban los barcos y tartana que fueron por la bolina y con trabajo, que por esto se embarcaciones ligeras,

El dicho gobernador Sancho de Hurdanibra me entregó un pliego de V M con despacho para mi de diez de Febrero de este año, en que se sirbe de decirme que por aberse recibido carta de don Alonso de Cerecedo, oydor más antiguo de Santo Domingo, con copia de otra que le escribió el gobernador de Puerto-Rico, en que le avisaba como se avian ydo las naos que abian estado en la isla de Curaçao y que solo faltaban dos que estaban cargando de brasilete para irse también, por lo qual escribió a V M., juzgaba que las prebenciones que se hiban aziendo para el socorro de la dicha ysla de Curaçao eran infrutuosas y se podían escusar y visto que estas cartas obligaron a V M a que se escusase lo que avia de yr a Cumana, pues solo fueron para esta jornada las cuatro tartanas y el poco tren de la artillería que traian las cinco hurcas, que de este se perdió la mejor parte, en la pérdida, y sin la jente que V M mandó al conde de Montalvo embiase para aquella jornada porque no la hubo, ni aun la de la tripulación de las hurcas, que fueron sin ellas; viéndose sin todo lo que esperaba, que V M me manda en este despacho citado, que aquellas urcas pasen luego Cartagena, ajuntarse con don Carlos Ybarra, sin que esten en ellas mas de lo que precisamente fuese menester para que entregasen los vastimentos; y el tren de artillería que llevaban, que es de tanta ymportancia, la venida de la plata a estos reynos sin invernar, y que aquellas urcas hiban a acompañar a los cinco galeones que fueron por ella, hice luego una junta para tratar del estado de la isla de Curaçao, sus fortificaciones y fuerzas, jente y artillería que el enemigo tiene en ella y lo que se aría más conveniente al servicio de V M y en cumplimiento de sus reales ordenes y allose por los testimonios de las declaraciones hultimas que avia tomado el gobernador de Venezuela a los que vinieron de allá, que todo lo que escribió a V M el gobernador de Santo Domingo fué al contrario de lo que pasó, que no lo advirtió o que le ynformó mal quien a él se lo escribió.

Copia de dichas declaraciones remito con esta a V M. por donde se verá que el enemigo tiene tres fuerças ya en el puerto de Santa Ana, y el estado en que se allan con cincuenta y cuatro piezas de artillería en ellas y más de cuatrocientos y cincuenta ynfantes, y los yndios de la isla que le ayudan y que comer para nuebe meses, sin lo que la tierra da y mucho que tirar; y esperando un socorro de mil

hombres para yr a otra parte; con caballos en la ysla en que corría la costa; y otras prebenciones que todas parecen por las dichas declaraciones y por ellas mismas que está tan desbergozado, que dice que aunque fuesen cuatro mil españoles no eran.

Fuí a las islas de Cabo Verde a buscar al enemigo como V M me lo mandó y si estuviera allí peleara con el. Pasé con los trabajos que avisé a V M., a las costas del Brasil y en Pernambuco busqué al enemigo y a su vista en tierra y mar, en ella se entró el socorro y aviéndose retirado con su armada pasé a la Baía a azer agua; dí carena a la capitana con trabajo y poca asistencia de los portugueses, salí con tres bajeles para ir a Cumana, peleé dos días con la armada del enemigo y con fuerza tan desiguales que traía, que dota se alló necesitado de volver a Pernambuco, con que pasó la de Portugal y flota de los azúcares, sin toparle, que les diera cuidado y que acer, y no abía de pasar el azúcar tan cabal, volví a la Baía a aparejar los tres bajeles de el destrozo que sacaron de la batalla y sin dinero porque no los tenía el pagador, ni los portugueses los dieron, ni otra cosa. Se aparejaron y volví a salir y por navegación que no han echo bajeles de V M., fuí a Cumana, donde llegué para ir a Curaçao y si la carta del oydor de Santo Domingo no hubiera dado ocasión a que se escusase lo que avia de ir de estos reinos para aquella jornada la hubiera intentado con el mismo celo de servir a V M que lo demás, e venido en estos bajeles como vienen que es uno de los efetos en que más se debe reparar, y lo que yo aseguro es, que si fuera posible aber servido mejor a V M lo hubiera echo, porque mi celo y voluntad ha sido siempre y es procurar, sin reparar, en comodidades, ni riesgos míos, la mejor ejecución y acierto en el servicio de V M., cuya real persona guarde Dios como puede y la Cristianidad a menester. De la capitana dentro del Cabo de San Vicente a 22 de Agosto de 1636.

#### DOCUMENTO NÚM. 5

##### **Relación francesa del desastre de Guetaria**

El 16 de Agosto, el arzobispo envió al Sr. de Montenú, con ocho navíos, dos pataches y dos lanchas, para vigilar San Sebastián e impedir que no saliese ni entrase nadie en el puerto de San Sebastián,

para ir en socorro de Fuenterrabía. En la mañana del 17 de Agosto a la altura de Guetaria, se encontró con 14 galeones de España. Envio un patache al arzobispo y lo esperó a la entrada del puerto. Reunió consejo el arzobispo y se acordó que a la mayor brevedad se hiciera a la vela diez navíos de guerra y seis navíos de fuego para ir a juntarse con el Sr. de Montenu. Para el resguardo del puerto envió 20 navíos chalupas y pinazas. Vino una calma grande, no pudiendo llegar más que a la altura del Pasaje de San Sebastián, el arzobispo embarcó en un pequeño navío y acompañado de grandes navíos llegó a la costa de Bayona. En la mañana del 19 se desató el viento y se hubieran perdido, pero ganaron la barra de Guetaria donde hallaron al señor de Montenu, volvió la calma y la infantería y caballería española pudo colocar las baterías en tierra, alcanzando a los navíos franceses que levaron anclas, una bala de cañón alcanzó al navío del almirante, matando dos hombres sobre el puente, suceso ocurrido el 22 del citado mes de Agosto. A las diez de la mañana cambió el viento, marcando el nordeste bueno para poder acercarse la flota francesa a la costa, Montenu y el señor de Chateles y los navíos de fuego y los capitanes Mole, Mata, Calles, Brun con sus navíos y lanchas se acercaron.

El combate empezó a medio día, las cinco baterías de tierra, los 14 galeones y las tres fragatas hacían fuego continuamente impidiendo al francés acercarse, que de no ser por los capitanes de los navíos de fuego los hubieran echado a pique o los hubieran abordado. El almirante español se acercó a tierra seguido por un navío de Dunquerque, intentando protegerse con las baterías de tierra. Los soldados que eran dos tercios de Castilla viejos, se echaron al mar, los unos murieron ahogados, los otros quemados, el capitán francés Croiset les cortó el camino para ir a tierra.

Otros navíos ancorados cerca de un navío de fuego a quien el arzobispo había dado orden de abordarlos, se acercaron pero fueron batidos por los españoles, y las baterías de tierra se vió mucho fuego cerca del almirante español, bien por la gran cantidad de cañonazos que tiraban sobre él, y un navío de fuego que estaba al lado se abrió y quemó; el fuego en el almirante español y la gran cantidad de pólvora hicieron tanto daño como 25 ó 30 navíos, así barcos y chalupas se vinieron a quemar dentro del muelle y muchas casas en la villa.

Sabemos por los prisioneros de la armada que se componía 17

navíos, cada uno de los cuales tenía 200 hombres de infantería, el almirante 500 y el vis-almirante 300, aguardaban a la de Dunquerque, compuesta de 12 navíos y 6 fragatas, y a la de Lisboa, de un gran número de navíos. En San Sebastián habían llegado 3.000 hombres para ir en socorro de Fuenterrabía. Se sabe que los enemigos perdieron nueve galeones con otros muchos en el Pasaje; aquí catorce galeones y tres fragatas. La armada estaba compuesta de los navíos mayores de España. Dicen que don Lope de Hoces estaba embarcado, pero que se cree que puede llevar nuevas a tierra por que el fuego después de haber sido dentro de los navíos que lo juzgaban adentro. No pudiera salir a tierra. El almirante era de 800 a 1.000 toneladas y lo mismo el Vis y todos los demás de 600 a 700. Esta batalla ha sido de mucha importancia para nuestro Rey y solamente siete u ocho navíos fueron un poco maltrados de los cañonazos, no habiendo perdido ninguno oficiales, tan sólo 30 ó 40 hombres, así maríneros como soldados muertos y heridos.

---

Relación verdadera de lo que ha pasado en la batalla de los 14 galeones, tres fragatas y otros navíos dentro del puerto de Guetaria con la batalla naval del Rey con los nombres y descripción del valor y coraje de los capitanes, enviada por nuestro Sr. arzobispo de Burdeos, mandando la dicha armada por su Magestad.